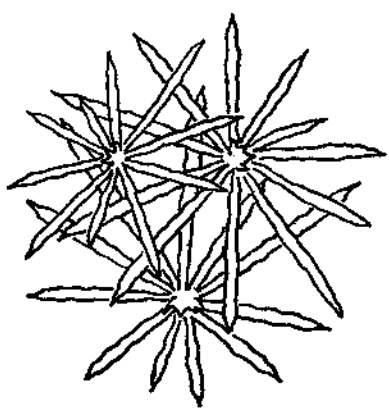
ESTEBAN ECHEVERRIA



POR JORGE M. FURT

Quien tiene lo que l'cumple, con ello sea pagado,
quien puede seer suyo non sea enajenado,
el que no toviere premia non quiera ser apremiado:
lybertat e soltura non es por oro conplado.

ARCIPRESTE DE HITA, Libro de buen Amor, 206.

PERSONAS Y TIERRAS DE ESTA VIDA.	Don Juan Manuel de Rosas Marco M. Avellaneda Gente de la insurrección del sur: Castelli, Rico, Prudencio Rosas... Gente de la insurrección del norte: Heredia, Lamadrid, Lavalle, Brizuela... Amigos de Echeverría que pasan: Juan María Gutiérrez, Alberdi, Stapher... Paisanos. En Buenos Aires aldea y en París. En la pampa argentina. En Colonia y Montevideo, desterrado.

Durante la primera mitad del siglo diecinueve.

Se agregaron a su margen para cumplir con la Historia, maestra de la vida, algunas referencias bibliográficas a textos y hechos. [La sigla *Obras* indica: *Obras de Esteban Echeverría*, V tomos. Buenos Aires, 1871/74.]

YO escribí esta vida de Esteban Echeverría con la ayuda, más que nada, de la memoria, fidelísima como nuestro corazón, *de Juan María Gutiérrez. Fuera de esas páginas, pocas ajenas lo ilustran tanto.* Sereno, afectuoso, con ilusiones de niño, con emociones de hombre, *según lo vió Mitre, así lo encontré en alguno de esos garabateados papeles donde apuntaba unas palabras. Y de una sola pieza. Todo entero en lealtad.*

Obras, V, LXIV.

Sin recurrir a estudios, la mejor obra de Echeverría es su vida misma. El la desvió de su inclinación adolescente, la modeló a instrumento de utilidad social, no la ablandó nunca para alguna molicie. Cuando, pobre cuerpo enfermo, se le torcía en las manos, su cerebro siempre lúcido a puño de sueños lo enderezaba.

Obras, V, LXXII.

Porque sufrió como ningún argentino yo le prometí escribir desde muchacho esta prosa de su vida grande. Siempre con temor de que no saliera cosa digna de ella. Ahora, sin más, se imprime porque su memoria ejemplar puede ser útil para mantener en devoción de libertad a más de un argentino.

A modo de estudio de su espíritu y, para la parte mía, a modo de estudio de palabras compuse este libro. No tuvo por ello documentación y ella fué señalada posteriormente. Más de arte puro que de historia científica lo quise.

En dos meses de perfecto silencio terminé su vida. Invierno, templado invierno de las sierras cordobesas, todas suaves a las tardes como una melodía menor, pero armonizada bien. Sujetas horas sin halago de plantas con flor o de siestas que esperan sedientas de tardes, sin noches para bordar y desbordar caminos. Ceñidas de frío tan tenso: disciplinadas para crear severamente. Breves horas de montaña serena.

Prodigio escribir para no traicionarme el espíritu, con tanta impaciencia de acción que apura hoy la mano. ¿Será que llega aquel tiempo de odio que Joaquín González presentía? No sé. Pero siento que nos enfrentamos a graves días. De otro modo este aviso inquieto no hubiera podido ser escrito después de una vida de soñador y cara a cara a tanta paz.

Córdoba, julio de 1936.

Para conocimiento, desde distintos puntos, de la obra de Echeverría: José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, Buenos Aires, 1875. Martín García Mérou, *Ensayo sobre Echeverría*, Buenos Aires, 1894, Ricardo Rojas, *La Literatura Argentina*, III, cap. I a III y V, Buenos Aires, 1920. Esto además de otros libros que se citarán a lo largo del texto.

I

EL NACIMIENTO

EN el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se bautizaba a Esteban Echeverría, nacido unos días antes: el 2 de septiembre de 1805. El bautisterio de la Concepción, en la siesta primaveral, sola y cerrada la iglesia, expresaba ceremonia toda íntima y de espíritu. Don José Domingo Echeverría, doña Martina Espinosa, el padre y la madre, y los padrinos, frente a Fonseca que, de acuerdo al oficio, crucificaba con óleo santo la frente de la criatura, ponía un grano de sal en su lengua, despertando tempestad de berridos ampliados en el templo —bóvedas todas en escucha de la menor voz— y derramaba sobre la cabeza las gotas de agua redentoras. Latineando cumplía el rito habitual.

NYDIA LAMARQUE, *La niñez de Echeverría* en *Verbum*, Bs. As. 1937. Nº 86.

Frágil carne arropada diminuta era lo que treinta años más tarde sería en América la más inspirada y alta pasión de libertad.

Más que ese día nació otro a su verdadera vida. Pudo ser buen estudiante hasta el 23 en el Colegio de Ciencias Morales y buen dependiente en el negocio de los Lezica hasta el 25, y, entre los dos menesteres, estudiar francés o historia, pero lo que íntimamente le llevó esos años escríbelo él mismo en unos apuntes: *Hasta la edad de diez y ocho años* (pongámosle veinte) *fué mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre y*

Obras, V, 441.

alguna vez la reflexión... Era en señorío del muchacho ese diós voluntarioso que todos llevamos dentro. Con su verso francés que gustaba repetir.

Racine, Phédre, act. I, sc. III.

Ce n'est plus une ardeur dans mes veines cachée,
c'est Venus toute entière a sa proie attachée...

Eso: ilimitado abandonarse a todos los placeres sexuales y sensuales, fiebre de amar para cantar. Amoríos de salones y de ranchos, serenatas y bailes de amanecerse, ceñían en lazos siempre prontos a estirarse con la fácil conquista nueva al muchacho que no despreciaba placer en su avidez de goce. Casi esa enfermedad de no poder frenar los sentidos. Pasión de amar y de cantar. ¿Qué guitarra tenía el prestigio de la suya?

Muchos más años de los que se numeran había vivido a los veinte. Pero un buen día la muerte que sabe hacer volver la cabeza a los más despreocupados se le arrimó tan cerca. Una pobre muchacha toda entregada a él sintió una ocasión no sé qué frío en sus brazos. El, en su abandono del placer, oyó sólo un quejido y al incorporarse miró a unos extraños ojos abiertos que no eran los de la mujer y se le entraban adentro por los suyos. Y le costó para desprender, horrorizado, de su cuerpo el nudo de la muerta.

Obras, V, 23.

Se encerró, se aisló en silencio. Una empeñosa reserva sobre su pasado fué consiguiendo el olvido, penosamente. Quienes lo veían, y no eran muchos, no le oyeron ni palabra de antes. Serenado a la larga, el que asistía acompañándolo a alguna fiesta miraba de improviso en su contento acostumbrado contraérsele los labios, arrugársele la frente, nublársele los ojos, en ahogo de tristeza. Entonces Echeverría escapaba y nadie veía después sus semanas de encierro. El empeño de frenar sus licencias para no desperdiciar la vida que una vez que se va no vuelve, el contraerse a no hacer nada antes que holgar fueron venciendo en él palmo a palmo. Conseguía, según su imagen, *poner muro de diamante* entre su corazón y el mundo capaz de conmoverlo. Prueba dura de su voluntad.

Obras, V. 4.

¿Hasta cuándo duraría este dominio sobre su tormenta? Callaba si un amigo le instaba a salir de su clausura. Callaba al sentirse, en algún abandono de su mente, tan rico de canto y de acción. ¿Podría engañarse y sujetarse a

vida oscura quien se sentía nacido para grandes cosas? Este control sobre su tormenta no duraría mucho. Pero al sentirse ya cansado de sufrir abandona su tierra.

En un bergantín francés rumbo a Burdeos, un día de la primavera del 25 se embarcó. En la oración, frescor por el aire del río, se sentó a popa envuelto en la capa, solo y silencioso, para mirar su última patria. Contento de su esperanza. Y tan serena la tarde del río y de las costas en bruma. Y el grito nuevo de los marineros maniobrando. Y toda su vida por delante. Feliz y libre.

Ob., V. IX. El 17 de Octubre en el bergantín *La jeune Mathilde*

A los días el mar. *Ese hervor constante de tu seno*, supo decirle, *es la imagen viva de mi pensamiento*. Su primer deseo de crear lo confesó al mar inmenso. El mar le devolvió su confianza en paz. Como un sueño se le recordaban tristezas de antes. Se sentía sano y tranquilo. Ya no estaba tan pálido. Su encierro indiferente era abierto corazón ahora. Todo por el mar. Si a veces todavía se le saltaban las lágrimas en un breve recuerdo muy encariñado, la mano que las enjugaba secaba también esa memoria. Y volvía al sedante del mar claro: llano de cristal.

Peregrinaje de Gualpo Obras, V. 9.

Desastres en su bergantín: tormentas y destrozos. Baja en Bahía tres semanas. En diciembre vuelta a su viaje en una fragata francesa camino del Havre. Otros tantos días en Pernambuco. Y al fin sale del fuego del trópico y llega a su destino en últimos de febrero, invierno de Francia. Su mal de corazón, aritmias, palpitaciones, dolores —¡ser enfermo del corazón a los veinte años!— que comenzó a sentir poco antes de embarcarse en Buenos Aires se le calma. Contento y sano, a trabajar.

Obras, V, X.

El muchacho que redujo sus gastos extraordinarios en Bahía y Pernambuco a los centavos de unos miles de reis por un sombrero de paja y una canasta de cocos, llevó en París sobria existencia de estudioso. El dominio sobre su vida sexual le duró los cuatro años de Europa. Estudió matemáticas, química sobre todo y geometría, historia, política, filosofía. En cuadernos que Juan María Gutiérrez tuvo con respeto en sus manos, Echeverría, siempre ajeno a textos de examen, anotó todas sus lecciones: detenidas sobre lo que le interesaba más, ligeras sobre lo que menos le importaba. Y entre las cosas áridas su

gran cariño: el estudio de escribir. El romanticismo alrededor suyo era cosa descabellada de *polémica y de creación: a él le consagró cuanto pudo. Llegó a* ser absolutamente francés en idioma y pensamiento para terciar en ese gran sueño de arte.

Obras, V, 449. Pero por allí su lejana patria naciente lo llamó una buena hora a su verdad de cantar y se puso entonces en el aprendizaje del español que no sabía. Leyó desconocidos clásicos castellanos, trabajó en vocabulario y métrica de su idioma. Venció al sueño en tantas páginas pringosas de antiguos, se sobrepuso al palabrerío vano de tantos españoles y, al fin, pudo sentir el gusto de una *página entre muchísimas sobria, de un canto entonado con bien templada voz.* Entonces se dedicó a escribir él mismo. De rato en rato le mandaba a Portela o a Fonseca, a éste sobre todo, que andaban completando estudios en París, sus primeros versos. Inquietado por el destino de su patria, empeñado en cantar y en hacer, así nació entonces Echeverría.

Sus cuatro años de Francia fueron esto: empeñarse en entender para su tierra dogmas europeos de libertad y empeñarse en hallar dentro suyo voz armoniosa.

Obras, V, XXX. *Con poesía estudió música. La guitarra porteña de sus cielitos se hizo guitarra* de vihuelistas viejos y de Sor; llegó a preciarse como gran intérprete de Aguado. Qué de días largos, de esos que en París la nieve encierra junto al fuego, tuvo con nostalgias de la lejanísima patria, de la madre pobre, sobrellevados por la escritura de un verso o el sonido de sus manos. Una misma sola cosa para él las dos: música y palabra.

Sin concederse ninguna licencia, sin tolerarse ningún descanso, se fué creando su cultura y su expresión. En precoz afirmación de hombre —todo fué *precoz en Echeverría: amor, dolor, acción— obtuvo a sus veinte años una vida*
Obras, V, 452. nueva. Enorme esfuerzo para quien ya había afrontado en Buenos Aires un lío de polleras con puñaladas y ruido y era filiado como carpetero, jugador de billar y libertino. En aquel entonces sólo de tanto en tanto la reflexión, *triste*
Obras, V, 442. *como lámpara entre sepulcros*, decía él. Ahora todo percepción y meditación de cosas. Oir, leer, apuntar, escribir, discutir. Aprender de todas maneras. Dentro de su agitación y su inquietud constantes, esos años franceses fueron los de más feliz continuidad que tuvo. Estudiaba, escribía versos, tocaba guitarra. Y ese cariño de alguien que él siempre quería a su lado lo tuvo en el afecto de

Portela, de Fonseca, de Stapher. Por éste, en largos paseos y charlas, conoció, gran entusiasmo suyo, los poetas alemanes. Goethe, Schiller... Obras, V, XXVI.

Pero a mediados del año treinta, por falta de dinero, sin completar sus cursos de economía política y de legislación, se embarcó para Buenos Aires. Antes había hecho mes y medio de vacaciones en Londres. Llegó a su tierra en los primeros días de julio. Ob., V, XXXII. En el año 1830.

Despacio, despacio, Buenos Aires se dejaba atar las manos por Rosas. Distintos gobiernos mandaban y caían, trastabillando: un solo poder seguro, el de don Juan Manuel, se afirmaba con su arraigo en la campaña y su reiterado mezquinarle al poder. Firme cabeza serena que sabía ella sola dónde quería llegar y cómo habría de llegar.

Cien pequeños detalles anunciaron más tarde qué implacable ley de sumisión exigiría cumplir Rosas a todos los argentinos para él poder ordenar el país en unida fuerza.

Echeverría, que venía de ser asiduo contertulio de los salones de Lafitte donde trató a Benjamín Constant, a Testut de Tracy, entusiasmado por Lerminier, lleno de pasión liberal y de ilusiones de acción, sintió como nadie el rechazo brutalmente injusto de ese ambiente.

Desprevenido, publicó sus primeros versos, unas poesías de Los Consuelos, en *La Gaceta*. Pero su encierro en sí mismo fué inmediato: su familia, unos pocos amigos. El no podía colaborar con ese gobierno. ¿Qué representación electiva del pueblo? ¿Qué posibilidad de dirigir lo que debía ser dirigido por un hombre de imperiosa voluntad? Ninguna. Nada había para él en su tierra. Ahí nació ese disconformismo entre su espíritu y la situación argentina que, durante veinte años, lo obligaría a empeñar todas sus fuerzas por no caer vencido. *Regreso* y *En la celebridad de Mayo*. Julio 9 de 1830.

Para peor, su corazón. Al par de meses de estar en Buenos Aires le revino su antiguo mal. Dolores, palpitaciones, con más intensidad, con más frecuencia que antes. Su sensibilidad afinada hasta el exceso, sus nervios excitables por la menor impresión, la amargura de ver caérsele al suelo toda su esperanza civil —años perdidos, pena de haber sacrificado para nada— se atormentaron sobre él. Se redujo a la inacción, el menor esfuerzo lo ahogaba, y al silencio, Obras, V, 446.

el menor ruido hacía una tempestad en su sangre, a la inacción y al silencio... Miren qué destino.

24 de Mayo de 1831.

Al año exceptúa su desaliento la aparición de la *Profecía del Plata*, un veinticinco de Mayo en el *Diario de la tarde*. Nada hasta fines del treinta y dos, en que aparece *Elvira* por la imprenta Argentina. La asnería de unos críticos lo saca de sus casillas en una de sus frecuentes rabietas.

Escribe: *El conflicto de unos gaceteros...* Ob., V, XLIII.

Todo inquietud su cuerpo débil, se encamina a pasar medio año en Mercedes, junto al río Negro. Remontó el Uruguay y allí, un poco contento, escribió lindas cosas. Pero no se sanó ni se mejoró: hermanado con su desánimo, volvió a su pieza de Buenos Aires sobre la Alameda, desde la cual veía siempre diferente al río de la Plata tendido y tranquilo.

Obras, V, XLV.

Obras, V, 43.

Juan María Gutiérrez, que tuvo sus manos entre las suyas, escribió del maestro: *valióle a Echeverría para no caer de veras en la tumba abierta a sus pies el temple de su alma que entonces nadie conocía, como pocos la conocen hoy mismo. Valióle la actividad de una inteligencia que aliviaba sus horas dolorosas... Valióle, sobre todo, el desprendimiento de sí mismo, de que era capaz cuando su profundo amor a la patria le inspiraba los planes de reforma social que concebía su cabeza.* Eso era su gran equilibrio. Ese espíritu que contrapesaba la flaqueza de su cuerpo malo.

Obras, V, XLVI.

Viviendo y viendo iban sus horas. En el año treinta y cuatro un gran alegrón: publica sus *Consuelos*. Por fin dice la palabra de todos, la palabra apasionada y ardiente, la penúltima palabra de libertad —sus *Rimas* a los tres años sería la última— civil y literaria que se oiría en Buenos Aires hasta más después de Caseros. Todo el Buenos Aires que aún sentía solo apretó contra su pecho el libro nuevo. ¡Cuántos muchachos y chicas en amorío se dieron al *cielito abierto* con sus canciones dulces!

Después reimpresos en Buenos Aires, 1842.

Por la imprenta Argentina, Buenos Aires, 1837, y después en Cádiz, 1839.

Pocas poesías sueltas publicó además: *Al bien que idolatro* en *El Recopilador* de Buenos Aires, Núm. 1, 1836. De esa época ha de ser su boceto de costumbres: *El Matadero*.

Y él se retiró al campo, a escribir.

Luces y salones —luces no muy profusas, salones sin mucho lujo— reúnen en la casona de Marcos Sastre, calle Victoria, a toda la muchachada enemiga de la Restauración. En aquel Buenos Aires el rosismo ya ostentaba sin atenuantes *su rojo y ya exigían cautela estas tenidas sobre libertad.*

Obras, V, LIX.

Uno a uno, en la noche aparente para cosas menos graves —luna estival

de amoríos— iba llegando a la librería; pocos de dos en dos. Adentro el fresco patio abierto donde el Salón Literario se inauguró un domingo, año 35, con música y discursos.

Al entrar Echeverría, alta frente de pensar, sufridos ojos, atildamiento de Francia en su traje oscuro, se ocuparon las salas. Viéndolo, Alberdi le remolca entre los agrupados en torno suyo, a un muchachito tucumano, Marco Avellaneda —Marco Tulio le dirían en la hermandad por su ciceroniana afición a los discursos—. Hondos ojos negros desembarazadamente sensuales. Vuelto Echeverría a él, puesta la mano sobre su hombro. ¿Sintió que hasta su muerte le duraría el espaldarazo de quien era ya iniciado en la vida y en la gloria?

Don Carlos Pellegrini por esos días lo dibujaba en un pequeño retrato. Charton tomó de él su cuadro. Sobre su iconografía: *El Diario*, Buenos Aires, Mayo 16 y 17, Setiembre 2, 6 y 11 de 1905.

En el suspendido silencio todo oídos Gutiérrez, Juan María, comenzó a leer con elegancia enfática tres cantos de *La Cautiva*. En las piezas blancas un poco achatadas por la viguería de los techos, muchos de pie por no haber sitio escuchaban. Caras en sombras en luces, fijas las miradas en cualquier punto porque seguían sólo una visión interior, fijas en el recitante o en el poeta, persiguiendo las imágenes de las palabras. Argentina emoción de campo entre tanto joven deseo de crear y de soñar.

Era la tarde... La tarde del desierto a trazos grandes sin medias tintas, tendida de Los Andes al mar, de un vistazo. Después la tarde del desierto achicada al campo con su cercana intimidad de los pastos ondulados por el viento, del relincho o del maullido entre los pajonales, de la estrella amiga en su cielo de siempre, del silencio aparcero con la noche.

Obras, I, 35.

En esa oración que se oscurece, el clamor de la indiada atravesando pampa: potros, lanzas, alaridos, tierral. Y entre las sombras, el horror de los salvajes hediendo a muerte.

Silencio después de ese primer canto. Ya hechas las tinieblas nocturnas el segundo. Los indios en un alto —rodeada su caballada y sus cautivos cristianos— chamuscan entre cuatro hogueras la carne de su comida: yeguas recién degolladas después de haberles sorbido su viva sangre tibia. Al viento del campo vuelan el humo con las brasas mientras los hombres comen y beben, bestialmente.

Obras, I, 45.

Mediando la orgía Brian acomete a un indio. Su puñal le graba su fin y después a otro y a otro más hasta que, dominado, le dejan al mañana la muerte. Llama a la sangre la sangre y entre ellos mismos, borrachos, se carnean con fe-

rocidad de fieras, sin motivo. *En la noche ya quebrada en su silencio, llantos* y quejarse y gritar. Pero los tragos reducen a todos al sueño y las hogueras, apagándose y avivándose, alumbran el tendal de tirados por el suelo. Y gemidos de ñacurutús, gemidos de chico, enternecen de infancia los campos.

Obras, I, 57. Otro silencio y el canto tercero. Enmudecido el indiaje en sopor de cansancio y de bebida, una mujer con tranco cauteloso de tigre, puñal en la mano, busca mirando, tanteando. Un indio por allí a sus pies se revuelve y se incorpora: dormido, la hoja le hunde su muerte y nadie lo sabe. Mirando, tanteando, *busca a su cautivo. Al fin corta las ataduras de Brian durmiéndose de herido.* Despierta:

Obras, I, 64.

¿Eres alguna alma
que pueda y deba querer?

Breve razonamiento apurado por la noche que camina para irse. Y la huída de los dos entre la niebla a tientas, jaloneada por vigilancia de teros y por formas que el capricho oscuro les endereza en frente. Ciegos, como si llevaran vendados los ojos, su noche y su destino.

Concluída y aplaudida la lectura, en la noche tan clara que apagaba los faroles esquineros, todos salían a las calles, uno por uno. Cada muchacho llevaba hecho de canto su ensueño. La pregunta de los dos amantes a la pampa —desconocido el día por venir— se la hacía cada uno a sí mismo, caminando.

Echeverría, sombrero en mano, haciendo tiempo, se acompañaba con Avellaneda, el menor de los discípulos. Por la acera del Carolino, por Defensa, costeando el paredón de los franciscanos, oscuro.

Al menor de los muchachos la palabra breve del maestro siguió contando
Obras, I, 71. *La Cautiva,* la palabra con inflexiones de Francia. Brian y María amanecen junto a un pajonal ya embarrado de secarse, nido de sabandijas muertas, sediento de agua en el verano. Ignoran la carnicería de los indios sorprendidos por una partida de cristianos en su busca. Y un camino en el fango llega por fin al agua de un arroyo clara: primera gracia en su huída. Allí esperan la noche. Viene viento y el resplandor de una quemazón que rueda se alborota,
Obras, I, 91. retuerce los campos. Con el nuevo sol rearden las llamas cada vez más encima

hasta poner al hombre y a la mujer entre pared de fuego y hondura de agua. La mujer, ante la nueva muerte, arrastra al hombre a la corriente y nada, cuarteándolo. En la otra costa la vida. El viento se calma y la quemazón se deslinda en el arroyo. Pero la tarde, dulcemente suave, encierra la penúltima angustia. Brian, herido, vencido, muere. Sus palabras, trasunto de gloria, se apagan ante la última resignación de sus labios: *joven yo debo morir*... En la tarde donde la mujer se ahoga de lágrimas —tarde de cielo sereno, de paz— tirabuzón de cuervos baja graznando a querer hincarse en sus carnes. Gira durante toda la noche hasta que al alba la mujer se aleja de los pajonales llorando, desangrándose, olvidada de rumbo, despreocupada de su vida o de su muerte. Al fin, de golpe, la aparición de los soldados. Despierta. Pregunta de su hijo. ¡Degollado por los indios! Alejada sobre ella misma, se acaba con su último dolor.

Obras, I, 113.

La palabra de Echeverría, prestigiosa, abstraía al acompañante en esa caminata nocturna, sola y pausada. El tucumano se siente tocado por la angustia del poema. Llegados al atrio de Santo Domingo repetía no sé cómo una octava de la muerte de Brian:

Si al menos la azul bandera
sombra a mi cabeza diese...
.....
joven yo debo morir...

Obras, I, 112.

Tocado Avellaneda en su sueño de libertad, abre su corazón al maestro. Echeverría le escucha sus planes en el Norte. Está por ser elegido presidente de la Legislatura. Pesa sobre su juventud extrema la dificultad de esas horas. El porvenir amenazante. La mano débil para subyugar pasiones rebota contra sí mismo tanta lucha. El poema oído y sentido bien de alma, la soledad de esas calles en compañía del hombre cuyo íntimo dolor —si envuelto en quejas lamartinianas— era de harta verdad y signo de su vida intensa, todas esas impresiones se le sintetizaban en angustia.

Reflejos Autobiográficos de Marco M. de Avellaneda. 1813-1841. Buenos Aires, 1922.

Una pregunta de Echeverría ante ese instante turbado lo lleva a sus días de Catamarca, la ciudad natal. Le cuenta su vida de chico en el villorrio provinciano y en Tucumán vecino; su vida de juventud en Buenos Aires estudian-

do derecho hasta hacía apenas tres años; su iniciación casi inmediata en Tucumán a la vida política. Y con los recuerdos del muchacho, episodios grabados con intensidad, otros desvaídos como una placa no bien impresa, horas aisladas unas de otras, amistades que la suerte eligió para estrecharlas a él. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, a Alberdi? ¡Qué días aquéllos con él en Córdoba! Asistió a la colación de su grado, donde juró en tan mal latín, y él se lo dijo, que podía seguir creyendo a su conciencia tan libre como si no hubiese jurado. Ahí organizaron juntos, por encargo de Reinafé, un baile, que le parecía de ayer, para ese 25 de Mayo. ¡Qué reir cuando llegaron temprano a hacer abrir los salones y se encontraron con el Gobernador sentado bajo dosel, solo y medio a oscuras! ¡El Don Magnífico en Cenerentola!... Después sus ministros y ellos tres bailaron la primera pieza: un minué en cuarto...

Para Echeverría esa vida de muchacho le era remembranza grata como una fiesta. ¡Qué recuerdos de amor y de canto por ese Buenos Aires! Lejana su mirada sobre el río fosforeante de luna, abajo por la calle de Santo Domingo. Serenatas con su guitarra capaz de cielitos famosos y de milongas, esa guitarra con cuerdas de la esquina de Almandos, llevada bajo su capa a los bailongos del Sur. Un pasado sensual revivido en el aire de esa noche y en la emoción de cantar. Confidente la hora donde la luna cortaba, pulía, ocultaba toda cosa dura y donde las calles y las casas pobres tenían al fin su tenue humildad, su alma.

Ya dado Avellaneda a su emoción de muchacho en tren de confiarse, le va recordando toda su corta vida. Catamarca: corretear y vagabundear por el pueblo sin dulzura y por las sierras serenamente parcas en sus piedras y sus cardones. Buenos Aires: colegio, estudios de derecho, suelto su cuerpo sensual aislado de vigilancia, sin trabas. Ambiente con promesas de libertad capaces de desligar a quien en plena juventud no estudiaba ya en los rígidos maestros de la colonia. Palabra de Echeverría con anuncio de una verdad tan grande —la patria libre— que se hacía remota y por remota más deseada. Con ese espíritu recibió, junto con Juana María Gutiérrez, su grado. De don Paulino Garí, jurando defender la libertad de su país *bajo el régimen republicano.* ¡Y graduado en qué años! En el 34. Paz vencido en un intento contra la tiranía naciente; Lavalle también. En horas de afirmarse Rosas con su prestigio indiscutible y su fuerza.

Reflejos Autobiográficos..., en el prólogo de Juan B. Terán, pág. VII.

Entonces amaba leer a Cicerón y a Livio. El latín medular y pomposo le vistió a sus reflexiones de libertad y tuvo de esos romanos la forma heroica para acometer empresas. Ese Norte suyo, puesto ya en manos de Rosas, se le apareció repentinamente tierra digna y vecina de liberarse. Y en su existencia sensual semejante a la de esos romanos de su Ovidio —amores en aquella tierra de muchachas lascivas como un verso del Ars Amandi— toda su cabeza librada a crear la independencia de sus pagos. Día por día escribe, piensa, sueña, fijo recuerdo en la acción de Buenos Aires. Al fin un viaje breve a la ciudad del Plata. Y esta noche de ánimo con su maestro.

Confidente la noche con su luna blanqueando la arquería del convento domínico y la torre azulejada y rielando en el misterio del río. Berreando horas un sereno. Torear de perros. Las calles sin un alma. Una luz de boliche sesgando las sombras. Solas, solas, la palabra del muchacho ahogado de vida y la palabra del hombre guiador.

Se pusieron a andar desandando su camino. En el vacío de la plaza, la Plaza Mayor de las jornadas populares, la pirámide blanca amojonaba el comienzo de un ideal bien alto. Cruzándola, ya al pie de las columnas en hilera de la Catedral, agachada la cabeza de Echeverría sobre el pecho, quién sabe cuántas cosas en su mente. Al fin la mano llena de armonía, de armoniosa dignidad, tomó el brazo de su compañero disminuído, abatido ante la labor enorme, y esa mano lo fué irguiendo sobreponiendo a su juventud débil. *El día en que Rosas* —y su otra mano señalaba las casas del Restaurador— *consiga obligarnos al destierro, habrá terminado nuestra patria. Con nuestra vida debemos evitarlo. Y luchar y triunfaremos.* La voz era tan íntimamente inspirada, que Avellaneda comprendió cómo no era posible ni transar ni dejar hacer. El horror de la tiranía entrevistó en su más sombrío pasaje y la consagración de un hombre capaz de cualquier heroísmo por una idea fijaron su decisión.

Desde esa hora, acodado a su mesa de escribir, sordos los oídos con las dos manos en la cabeza, cada vez que una ilusión o una desilusión lo pusieron solo consigo mismo, oyó la palabra de quien bautizó su frente como la del primogénito de la gloria.

Despacio, atardándose, pensando, Echeverría desandó sus pasos hacia la recoba. Tarde era ya, por media noche. En la ciudad dormida un distante modular de serenata. Todo solo. De improviso dos sombras por los arcos os-

curos. Aguzó su mirada que ni de día veía bien sin lentes. Junto a él se detuvieron: dos muchachos de la Asociación que él estaba formando. Hablaron, conforme se saludaron, de cosas triviales.

Anjel Justiniano Carranza: *La revolución del 39 en el sud de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1919. La consulta de este libro es necesaria para toda la insurrección.

¿Cómo va lo del Sur? Bajando la voz, a la pregunta de Echeverría, conversaron. El plan amplio, ya estaba resuelto. Maza, el hijo de don Vicente, encabezaría el levantamiento en la ciudad, Lavalle en la campaña; aquél tenía el sí de muchos jefes, sería el vínculo de la Asociación y el ejército con algunos oficiales desconformes con Rosas. En el campo cada estanciero unitario con gente apalabrada en espera de la señal; allí se contaba también con los coroneles de algunos destacamentos rosistas. Castelli, Rico, algunos muchachos adictos trabajaban todos los días. Un texto del Acta ya escrito por Echeverría para constituirla había sido copiado y uno y otro y juntas muchas cabezas jóvenes ya lo leían con siempre mejor ánimo y más nuevo.

La señal de iniciarse sería en el Sur y entonces, distraído Rosas en atender ese lugar, se llevaría a cabo en la ciudad, con gente de la Banda Oriental desembarcada por Olivos, el rodeo de su casa. El gobernador nunca tenía tropas en Buenos Aires, sólo las de su escolta reducida. Apoderados de él y, como es natural, muerto inmediatamente, Maza, el viejo, como presidente de la Legislatura, se haría cargo del gobierno.

Pero por ahora todo estaba en socavar, en mover, en descimentar con cautela dónde iba la vida —Don Juan Manuel no era hombre de andarse con paños tibios— para el gran derrumbe. Y su éxito se descontaba. ¿Cómo no habría de descontarse si hasta don Manuel Vicente Maza y su hijo Ramón eran de la partida? Este, que se había criado con Manuelita, entraba todos los días sin anuncio al estrado de su casa, tan era de confianza. Y no digamos nada del padre, que tenía con Rosas vieja entrañable amistad, de muchachos.

Llenos de fe los hombres en esta acción que volvería a la patria a su libertad. ¿Y Echeverría? Toda su ambición de años era ese triunfo. Conseguido esto en Buenos Aires, junto con la acción en Tucumán, que avanzaría hacia el sur, era el fin de la tiranía. La noche se pasaba y ellos conversando. Lástima que Avellaneda se había despedido antes... La ciudad ya sin faroles por lo tarde, se salvaba con la luna de la noche. Tucumán y el norte, Lavalle y el sur. Y después a estructurar el nuevo estado.

La Asociación de Mayo, derivada de aquel Salón de Marcos Sastre y fundada por Echeverría objetivaba, en palabra breve, la defensa de cada hombre en su libertad. Los muchachos, jóvenes eran todos los que acompañaron al poeta reconociendo en él su hermano mayor en inteligencia, que lo oyeron en el Salón eran apasionados por la belleza y por la independencia. No eran, como era natural, federales, ni eran unitarios en principio. Los federales miraban a esa juventud con no disimulada enemistad, los unitarios desde el destierro con desconfianza que llegaba al menosprecio. Echeverría sólo supo su lealtad y confió en ella.

Agustín Rivero Astengo, *El salón literario de Marcos Sastre* en *La Nación*, Mayo 30 de 1937. *Además, sobre la* Asociación y el Salón, véase ese mismo diario: Junio 26 y Julio 3 de 1937.

Entre los oyentes del Salón, eligió a treintitantos muchachos y con la Asociación ya construída, más tarde: Junio del 37, se reunieron por primera vez. Echeverría habló. Y leyó *Palabras Simbólicas*, el credo de la generación nueva. Lo que esas palabras fueron, en proyección futura, para las ideas argentinas lo dice, más todavía que el fervor contemporáneo a ellas y la acción inmediata que provocaron, la continuidad de su interpretación durante la tiranía y después de Caseros por hombres, dispares si los hubo, como Alberdi, Sarmiento y Mitre.

Obras, V, LXI.

El 23 de Junio. Ob., IV, 8.

En otra sesión, víspera a la noche del 9 de Julio, juraron no desligarse de su promesa de acción. En la siguiente, al otro día, en banquete patrio el maestro brindó para que llegasen a realizarse las esperanzas de Julio y el gran pensamiento de Mayo. Pero Rosas rodeó de espías a la Asociación y cada uno *sintió —denuncia que no se dice, mirada que se presiente—* la amenaza suspendida en el aire. No se reunieron más. Ya era, de todas maneras, la hora de dejarse.

Obras, IV, 9.

Obras, V, LXII.

En la última vez, acechados por el peligro invisible, el maestro los vinculó para la dispersión. *Supuesto* —les dijo— *que esta es la última reunión por ahora, separémonos como hermanos, como amigos, como hombres que señalados por el dedo de Dios para realizar una gran empresa, marchan preocu-*

Obras, V, 369.

Dogma Socialista de la Asociación Mayo. En *El Iniciador*, t. II, Montevideo, 1838 y *El Nacional* del mismo año. Ob., IV, 109 y IV, 44.

pados únicamente de los sublimes pensamientos que les inspira tan alta misión. Que el abrazo sincero fraternal que nos unió en el día 9 de Julio vuelva a enlazar nuestros corazones en el día de la despedida, y que cuando aparezca el nuevo sol de Mayo, nos vea a todos reunidos entre las filas de los libertadores y regeneradores de la Patria.

Todos los corazones se hicieron uno. Todos apretaron uno por uno la abierta mano tendida. Todos fueron fijando al despedirse esos ojos que miraban el alma. Hay que saber qué es, en edad de querer y de soñar, encontrarse con unos ojos que alientan nuestros ojos de muchachos, con una palabra que estremece, con una mano que cuando nos agarra un brazo empuña todo nuestro espíritu. Eso hay que saberlo para imaginar el fervor de quienes se sentían derivar del pensamiento de este hombre y consagraban toda su fe para levantarlo. Las manos en las manos, los ojos en los ojos. Algunos no poder decir la palabra de adiós por la angustia de separarse.

Obras, V, LXVII.

Echeverría se iría a Los Talas, en el campo de Luján. Y cada uno de los muchachos llevaba de esa hora la promesa jurada consigo mismo de trabajar de todas maneras en la gran empresa.

II

LAS DOS INSURRECCIONES

CONTRA Rosas, para una quemazón a verse desde Buenos Aires, se aviva el fuego en todas las estancias unitarias de norte a sur de *naciente a poniente*. *Las Cinco Lomas*, *Miraflores*, *La Blanqueada*, Chapadmalal, La Postrera, Vitel, La Espuela Verde... Desde Chascomús hasta las puntas de Kakel el paisanaje en cerco sobre el brasero —llama con apenas soplarlo— comenta en las viejas cocinas a las noches la guerra por principiarse.

Dos hogueras en el cerrito de la Tapera serán la señal para el desembarco de Lavalle en la costa del mar. Lavalle: el destinado para el pial seguro a don Juan Manuel.

Déjenselo al rubio que es de su ensillar
y aunque muerda el freno lo ha de sujetar...

Hilario Ascasubi, *Trovos de Paulino Lucero*, Buenos Aires, 1853, 37.

ya le cantaban, con bordoneo floreado, entre mate y mate por los fogones del sur.

Amor a las tropillas entabladas de un pelo, al galopar pausado de rancho en rancho, afición al trabajo lindo de yerras domadas boleadas; todo se cortaba con la atención de la lucha contra un Rosas agrandado por la distancia y

las mentas como gaucho de gauchos. ¿No iban a saber que una tarde en Buenos Aires, cuando una fiesta, pidió el barato de subir a un potro al que no se le podían tener y lo jineteó hasta tenderlo cuando quiso de un talerazo? ¿Y no tenían cerca a sus paisanos de Los Cerrillos, de Los Remedios, de Santa Catalina, del Rincón, que querían como hijos a Don Juan Manuel?

Tanto que más de un muchacho en hora de sentirse con sí mismo, a caballo, en el campo sin una casa, sin un árbol, todo tierra y cielo, se preguntaba el por qué de ese odio de los patrones unitarios. Riendas sueltas, agachado el caballo a beber en una cañada, numerándole los tragos pausados el leve movimiento de las dos orejas, levantada la cabeza cada tanto por algún graznar de garzas con ruidos de coscoja y de gotear agua verde. Instante de detenido resuello donde el hombre, sólo, centra en él todo su mundo. ¿Para qué esa lucha enorme de los patrones contra Don Juan Manuel? Recobrado el tranco tranquilo del chuzo, nada en esos campos sino el desgranarse lejos de una avestruzada: puntos de las cabezas huyendo sobre los pastizales sin fin. Y el mismo pensamiento de pelea resignada, firme como su pareja voluntad de callar. *Así en la charla de fogones, ante el entusiasmo hablador de* otros, algunos guardaban aquél pensamiento en su criolla taimada reserva. Pero desde Chascomús hasta la frontera, desde la mar hasta los indios, la insurrección del sur heroizaba la agreste vida en estancias y estancias.

Apariencias de arreos para reunir flor de caballada y apalabrar paisanaje abundante eran de todos los días. Cuidado de mantener con pretexto de yerra junto al cerrito de La Tapera el montón de leñas de curumamuel que *serviría, al saberse el ya demoroso desembarco de Lavalle en la costa,* para encendida señal del alzamiento.

Lavalle a todo eso, trabado por errores y temores, establecía en papeles, sin moverse de Martín García, tácticas con los gringos para asediar a Rosas. Las mil dagas que saldrían cortando de la campaña de Buenos Aires no conseguían atraer al esperado. Sofrenando la inquietud de los pingos deseosos en su descansar de corcovo y de carrera, mientras recorrían estos paisanos su *campo, sofrenaban también su deseo siempre postergado de lucha.* Y *desde* el rodaje del mar —espumoso miedo al pie de las barrancas rocosas o sobre el muriente de médanos y playas— hasta las sierras enigmáticas de indios, la pampa frente a los criollos ojos espiando: una sola inquietud de brillazones

o animales en carrera o vuelos de pájaros. Era la pampa, desesperación de la espera, todas las voces en falso que el deseo escucha cuando, al aguardar en la noche de silencio, el cielo y la tierra se le hacen al hombre un oído solo. Oído para otros mundos.

A veces la sorpresa de un lejano humo —fijado al rato en nube de hormiguero o polvareda de remolino— azoraba esa inquietud del gaucho, pasado su brazo sobre el tuso del parejero y atendiendo a su mirada que ve más allá de sus ojos de cristiano, a sus orejas que oyen cuanto su oído de hombre no puede oír. Suspenso en que ni el leve ruido del roce del fiador con las ropas distraiga al animal alerta.

Desperezarse de albas, plegarse de oraciones y nada. Sobre las chuzas de los pajonales en las aguas —Chascomús, Vitel, la Chis Chis, las Encadenadas...— el desbande de ariscos pájaros gritones revoleaba en el cielo, ondulante armada, la única vida de esas tierras. Oleado moverse de cortaderas y juncos sacudiendo sus luciérnagas en la noche lagunar: su sola vida era la sorpresa de sabandijas a cada tranco del pingo sorteando los hondos, espantadizo del oscuro lleno de acechos como una trampa. ¿Y el cielo? Todas prendidas de estrellas las leguas y leguas del cielo grande. El cielo de siempre, la tierra de siempre.

Asombrosa la paz del viejo campo vacío que hoy sólo se sabe a veces y de noche. Ya casi nadie puede, pasando un brazo sobre el cojinillo, de pie junto al caballo, exceptuar en los dos resuellos parejos lo calladamente desierto de la pampa. Asombrosa paz donde, enardecida como el deseo que más urge, la espera llega a ponerse desesperanza.

Esto fué un verano: vigilar las mañanas y las oraciones, por los solazos de siestas, y las noches. Esto fué un otoño de neblinas y lluvias y cerrazones del campo siempre escondido. Esto fué un invierno: heladas duras, galopar quebrando la escarcha temprano hasta volver en la tarde apurada cortando los fríos. Y los fogones de todas las noches no recibían nunca el chasque de la insurrección. En la rueda de paisanos que cerca el asador clavado o la pava de yerbear, en el descanso de los recados tendidos por los potros o por el suelo, sólo se anoticiaban de trabajos o fiestas. Si algún forastero diablo y leído, de esos que cruzaban las pampas curioseando a los criollos y apuntando para negocios o libros, hubiera caído entonces por esos pagos, hubiera presentido un desastre en la revuelta.

Una de tantas tardes llegó a La Vitel, de Gándara, una tropilla, marca de *Rosas, entablada con bayos cabos negros, madrina azuleja.* Sin recelo se acordaron los federales en la hora hermana de churrasquear y matear, que eran flor de pingos aleccionados a correr con bolas, bocas como seda, cría de indios. Y que los llevaban al Rincón donde Rosas, medio cansado del gobierno, iba a retirarse entre su fiel paisanaje del Sur para defenderlo de los malones y trabajar sus campos.

En la estancia enemiga esa noche Don Juan Manuel fué miedo y respeto y en algún muchacho cariño, mientras las llamas de bisnagas ardían, chiripás y calamacos, el rojo de los forasteros.

Primavera del 39. Lavalle no vendrá: por el Entre Ríos persigue su quimera. Entonces, después de tanto aguardar, los jefes del levantamiento: Castelli, Rico, Crámer... se reunen un día, mitades de octubre, en la estancia de Ezeiza, el Durazno, para iniciarlo. Primavera de ánimos: árboles brotando, el que no hojas flores, pero todos canto; verdor de pastos tiernos toda la pampa; parición en animales; pichones de pájaros; nueva creación de aire, tibio de tan crudos los fríos recientes; renovados deseos de vivir y de procrear *bien juntos; primavera animosa. Se atardan la última tarde conversando:* decisiones, indecisiones. Las costas de la laguna dan su mesturado rumor de bichos, sapos y patos víboras y flamencos, que atolondran en su soledad de los juncos. Plata la luna al mojarse a flor de agua.

La gran ilusión de los jefes, de no muchas luces que digamos, acuerda poco su inquietud con tanta calma. Con el último correo una carta de Echeverría desde los Talas, los ha hecho vibrar a todos con su prosa entusiasmada y armada de ideas y sueños. De su Asociación de Mayo saldría la fuerza para terminar con Rosas. El plan, *dominado en Buenos Aires con la muerte* de los Maza, vencería en las campañas del sur. Una vez y otra se recordaron la palabra del poeta y su emoción, tal emoción de la voz sincera, conturbó un poquito a esos hombres entregados sin palabras a la acción más ruda.

Junio 29 del 39.

En las casas vecinas, junto a su duraznal florecido de frutas un centenar de paisanos aguardaba. Ese fervor de Echeverría en conducir hombres los tocó bien adentro. Además era tan esperanzada la noche de promesas... La insurrección fué decidida para el 6 de noviembre.

En El Durazno esa noche la reunión, eso sí, de puros unitarios, tuvo canto, guitarra y baile: malambos y cifras.

Un buen día, acerca de un chisme de revuelta unitaria que enviaron a Rosas desmintiéndoselo de paso, este hace contestar de su parte al juez de paz de Dolores *que cuando el río suena agua lleva.* Otro día, refiriéndolo al empeño de Lavalle por Entre Ríos, se corrió un dicho de Don Juan Manuel: *estos unitarios son rudos, no saben que a la mulita hay que agarrarla por la cabeza y no por el rabo...* Por instinto de salvarse estas dos salidas provocaron el estallido. A un tiempo, Rico en Dolores, Crámer y Castelli en Chascomús lo iniciaron.

Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina,* Buenos Aires, 1911, III, 116. Sobre Echeverría, t. II, capítulo 28.

En Dolores, el 29 de octubre, uno o dos centenares de hombres en la plaza escucharon al comandante Rico, cansado y sucio del camino, su primera proclama y el acto pomposo del pronunciamiento y vieron cuando hizo traer el gran retrato de Rosas del juzgado y le dijo, encarándose con él y muy seguro: *¡Aquí está Rosas; y si fuera la persona de ese malvado haría con él lo que hago con su figura!* ensartando la tela en sus espuelas de un puntapié y, mientras los otros tenían el cuadro, clavándole una puñalada encima. Todo entre campaneos, chillidos, vivas y cohetes. Y pasado el acto, retiráronse a las afueras, donde sentaron cuartel mientras se despachaban comisiones por todas las estancias, sobre todo federales, para arrear con peones armas y caballos.

En Chascomús lo mismo: proclamas, arcabuceos del retrato. Labor de vencer resistencias federales —que este no era *pueblito plagado de unitarios* como don Vicente González se acordaba de Dolores— organización de milicias, espera del arribo de fuerzas vecinas y de los jefes; con todo esto se llegó hasta primeros de noviembre. Don Pedro Castelli, siempre un poco en la luna, hizo acampar sus tropas mirando al naciente, y a sus espaldas el agua.

Carranza, 165.

Avisados, buques franceses en la costa junto a las bocas del Salado y del Tuyú. Para adentro casi el remedio sale peor que la enfermedad: mandan un chasque al cacique Catriel avisándole la muerte de Rosas y el triunfo de

una revolución. Pero éste, en vez de plegarse a los unitarios, se desespera de golpe en Tapalqué y con él toda la tribu. Su primera reacción es vengarlo. Anuncian a los del mensaje que de inmediato saldrán a lancear y saquear cristianos en el Azul como castigo. Los emisarios sintieron en su torno en los toldos delirio de matar y de robar. No sabían cómo aplacarlos, hasta confesaron la falsedad de su treta. Al fin sólo se sosegaron a duras penas con la promesa de pedirle a Rosas que mandara unos indios de su tribu que andaban por Buenos Aires y que lo hubieran visto recién y bien de cerca.

Pacheco, don Prudencio Rosas, Del Valle, Granada, González, Quesada, Ramírez, Aguilera, en guardia por indicación del Restaurador, sólo esperaban la hora para moverse. Desde Luján, Azul, Tandil, Tapalqué, el Monte, Mulitas, Morón y San Vicente, los siete coroneles, Pacheco era general, avisaron a Rosas al anoticiarse del estallido en Dolores. El primer chasque llegó a la ciudad en la noche del 1 de noviembre. Rosas dormía. Un oficial de guardia mandó llamar a Antonino Reyes que con otros compañeros de su secretaría estaba en una función del teatro Argentino. En seguida éste corrió a despertar a Rosas. Abrió el parte y lo leyó sin enderezarse en la cama. *Dice el señor Gobernador, que lo deje, que está bien,* anunció Reyes al hombre. Al rato otro correo. Reyes llama, insiste, al fin le contesta. Rosas seguía durmiendo. Nueva lectura y la misma respuesta: *Que lo deje nomás, que está bien.* Llegan otros dos partes, uno de ellos urgente. Rosas sin dejar la cama y contestando igual a cada sueño interrumpido. Toda la casa intranquila. Reyes hace avisar a Manuelita. Esta se levanta, la impone de la novedad. El pliego siguiente lo lleva ella misma a su padre y le inquiere noticias de esto. —*Nada, niña. Vaya nomás a acostarse. Ni sé qué dicen esos partes. Vaya a acostarse que la noche está muy fresca. Ya me levanto yo.*

Vestido con su pantalón y su chaquetilla de entre casa, se quedó recostado en la cama. Las tres luces de su velón encendidas por su hija. ¿Sería en realidad tan grande la insurrección del sur? Cómo creer que sus paisanos, noble gente a quién él quería y de cuyo cariño estaba también él cierto, se pondrían contra él... No. Seguramente los cabecillas unitarios los habían arrastrado, sin saber hasta dónde contarían con ellos. ¿Pero, por qué esta esperanza? Haberles mostrado a esos gauchos, de igual a igual, que él era bueno co-

mo su mejor para trabajar y divertirse. Haber dado toda su juventud para hacer en ellos una fuerza de gobierno, luchando contra indios y contra patrones. ¿Podrían olvidar esto para venírsele ahora encima? No. Los encapotados ojos azules, concentrado cariño, frío odio, miraban en lo oscuro de la pieza sus imágenes una atrás de otra. Apretado el desprecio de sus labios. Al fin la última reflexión del sagaz conocedor de hombres: *No ha de ser tan bravo esto...*

Juan A. Pradere, *Rosas y su iconografía*, Buenos Aires, 1914.

Se levantó. Abrió su ventana: olor de patios y quintas, claveles y naranjos, torear de perros, algún balido. Buenos Aires tendido silenciosamente a dormir. Abrió la puerta sobre la secretaría callada de miedos con sus cagatintas temblando. Se asomó al patio oscuro de soldados taimados y negrillos despavoridos. Pidió unos mates, se puso a leer los partes. Y esperó.

A la madrugada, aclarando, llegó el último chasque. Al leer el pliego, era el que aguardaba de su hermano don Prudencio, supo lo único que quería: la manera obligada como habían sacado los peones hasta de sus estancias. Se enderezó en acción y sus familiares vieron al Rosas de siempre. Hizo sentarse a escribir a Reyes y respondió a su hermano enseguida que marchase sobre los revolucionarios y, si los batían, desarmase a los paisanos y les ordenase de parte de Rosas volverse a sus casas. De no, que esperara fuerzas que mandaría en su ayuda.

Salió del Azul el día siguiente por la tarde don Prudencio. A los dos días estaba con sus mil cuatrocientos hombres en la estancia de Villanueva, cerca del Salado. A la noche siguiente cruzando el río cerca de Chascomús. A la madrugada del 7 se fué encima de las fuerzas de Castelli y Rico acampadas junto a la laguna sin reparo ni defensa. Muerto Crámer de entrada, el combate fué carnearse soldado con soldado. En el entrevero, viendo Castelli la dispersión de los suyos en desorden y sin cabeza, trató de hacerlos retirar para resguardarse en el pueblo; esto fué un desbande aprovechado por la vieja caballería federal para arrinconarlos sobre la barranca, de donde muchos se azotaban en el agua. Y allí se inició la persecución que terminó con dos

centenares de muertos y tres o cuatro de prisioneros. A éstos don Prudencio Rosas hizo dar inmediata libertad arengándoles primero desde su volanta *que el señor Gobernador prefería creer que habían sido engañados por los salvajes unitarios vendidos al oro francés, para no tener que castigarlos por su delito contra la patria.* Y siguió su camino. Las aguas de la laguna, sobre la costa del naciente estaban rojas y con cuajarones de sangre. Vuelo de caranchos se impacientaba al no poder detenerse sobre los cadáveres hinchados balanceándose a flor de agua.

Después del desastre, Rico logró escapar con alguna tropa hacia el Tuyú donde pudieron embarcarse en los barcos franceses. Castelli llegó huyendo hasta el Tordillo: allí fué sorprendido y muerto por una partida federal. En la estancia de Acosta en los Montes Grandes. De ahí le escribía don Prudencio al juez de paz de Dolores enviándole la cabeza del infortunado para colocarla en medio de la plaza, *en un palo bien alto y bien asegurada para que no se caiga*, y felicitándolo por suceso tan interesante.

Así con estos partes de cruel opereta terminó la insurrección de tantas ilusiones don Prudencio Ortiz de Rosas. Muy tieso y finchado, en su volanta con cuatro caballos y su escolta roja, rumbo de nuevo al sur, cruzaba esos campos ya en tren de paz, repuesto del miedo que, según las malas lenguas, le hizo olvidar el coche en Chascomús. Por un buen rato, hasta casi el año nuevo, ordenó, en su papel florete para notas, durar el alboroto entre jueces de paz y alcaldes, retrucándose notas sobre el triunfo federal, menudeando corridas de toros, bailongos y bombas. Un federal entusiasmo como ellos decían y todo cortado parejo por la misma tijera. Sólo era y excepción el disparateo corrido de don Vicente González —Majestad Caranchísima, por título de gobierno— entre sus pobres montaraces.

José María Ramos Mejía. *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, 1907, II, 289.

Contra Rosas para una quemazón a verse desde Buenos Aires se avivó el fuego en los fogones de todas las estancias unitarias de norte a sur de naciente a poniente... No. No sería la hora de la gran llamarada.

Setiembre - Diciembre de 1839.

Sobre un solo argentino más que sobre cualquier otro pesó toda esa primavera la desgracia de la insurrección. Palabra por palabra jornada por jor-

nada le llegaron a Esteban Echeverría la esperanza y la desesperanza de este movimiento.

En Los Talas el poeta escribía y soñaba, galopes de rancho en rancho, cartas, chasques; inquieto con mil inquietudes, con esa febril nerviosidad de ciertos enfermos. Ya empezaba por no tener su romántico desahogo de mirar largamente las tardes. Cuando el hombre por hervor de pasiones no puede concentrarse y ser como siempre el eje de cuanto lo rodea, nada de esto le significa. Es una armonía que viene de nuestro adentro y que rige nuestra visión de *afuera. Quebrada en un instante ya no se puede sentir ni el* menor color ni el menor sonido del mundo. El hombre, de no ser un inferior, es siempre parte de la naturaleza. Ese acuerdo si se rompe es en uno mismo. ¿Podría aquietarse un calmoso atardecer en quien estaba lleno de zozobra?

Para peor, entre noticia y rumor, la incertidumbre. Y tan escasos los correos. Si al menos él hubiera podido viajar a la ciudad para saber algo... Pero era un trato jurado a sus amigos quedarse en el campo y capear desde su retiro cualquier represalia del momento menos pensado. Con todo no estaba ni cerca seguro.

Un buen día le avisaron de la muerte de los Maza: el hijo fusilado por los federales, el padre apuñaleado por los unitarios. La gravedad de la hora no se le ocultaba más, por esta última muerte. Rosas había estado sabiendo la conspiración. ¿Hasta dónde la conocería? Seguramente por salvar el movimiento del Sur y no temer por una debilidad de Maza ante la muerte que le cabría al hijo —Rosas lo hubiera puesto ante el dilema de aclararle todo o hacerlo matar— resolvieron eliminarlo.

El emisario le contó que Terrero había aconsejado al doctor Maza una entrevista con Rosas como única solución. Ya en camino para la casa de éste, en la esquina de Representantes y del Restaurador, de improviso se volvió y ya no pudo Terrero convencer más a su amigo. Aquél se dirigió a su casa, éste a la Legislatura a renunciar. Allí fué muerto sentado en su despacho. Era a la tardecita. Al día siguiente Rosas hizo fusilar al hijo. Junio 28 del 39.

Echeverría retuvo al emisario, un muchacho de los primeros afiliados a la Asociación que había hecho con un peón de dos galopes las veinte leguas desde Buenos Aires. Cruel mañana, 30 de junio, con escarchas a la sombra y

viento lo que se había levantado la helada. En su cuarto con brasas, tiritando entre su capa, abatido sobre su sillón. Don Esteban soportaba tanta adversidad. A su lado en un banco bajito, el muchacho, rubia barba unitaria en su *cara de veinte años*, le cebaba en confianza y solos unos mates. Largo silencio de los dos. *Al fin el hombre de la esperanza inquiere, reteniendo esa mano fiel de quien arriesgaba su vida por llevarle un recado: ¿Pero, siquiera, Rosas no habrá descubierto el plan en la campaña?* También el muchacho opina que no puede conocerlo. La única ilusión que todavía les sobrelleva la angustia. Cerca de las once comen: un asado, vino, unos dulces. Abierto el sol, Echeverría fumando su cigarro correntino, salen a caminar por el monte. *El monte de Los Talas, todo punteado de violetas el suelo, con sus troncos* grandes y su madeja de selva, perfumaba cuadras y cuadras con respiro de un enorme ramo de flores todas vivas. Los árboles de invierno, secos, contrasentían en dureza con todo el suelo suave.

Obras, V, LXXI.

Al irse el muchacho, con la noche, dejó al poeta su esperanza. Desgraciadamente no durable.

A los cuatro meses recibe, esta vez en un pliego escrito apurado horas *después de la batalla, la noticia del desastre definitivo de Chascomús.* Sin nadie con quien hablar, solo, por primera vez lo hiere la amenaza de la locura. Del campo, donde un peón fué a llevarle el correo, al galope enderezó a las casas, abandonó el caballo y se encerró en su cuarto. El moreno que estaba a su servicio y la vieja santiagueña que le cocinaba tuvieron miedo.

Esa noche, por si lo precisaba, el muchacho durmió tirado en la puerta. *Al otro día, tanta pena había en su cara que no supieron hablarlo, como no supieron* qué había encontrado en él para calmarse.

Impreso por primera *vez en Montevideo*, 1849. Y después en Buenos Aires, 1854.

Desde esa hora, día por día, después de caminar sin descanso, se ponía a escribir su poema sobre la insurrección del Sur. Abiertas las ventanas de su cuarto a la primavera durante la noche, callado todo el campo como a la escucha de algo, vibraba su creación. En las noches tormentosas sobre todo, el monte punteado de chispas titilaba en sus mil luciérnagas. En las noches *de luna un sostenido crepúsculo fantaseaba a destajo. Chirridos de grillos,* gotear de ranas, cencerros... El no veía ni oía. Cumplía su promesa de canto con su conciencia. Y afiebrado desparejo hasta a veces malo, ese canto que

no retocaba nunca era redimido por su vida. Y tan necesario que, de haberlo ahogado dentro de él mismo, hubiera sido enloquecerse o morirse.

El sol de otro Mayo brilló, compatriotas,
llegó el día grande de la libertad!

Obras, I, 235.

Con los altos y bajos de sus días desde que se planeó la insurrección compone el poeta, revive entusiasmos y desengaños. Esperanza era en los comienzos. Se podía amenazar a Rosas. El canto era triunfo. Después se calma en descripción de Chascomús. Más adelante ya es la elegía del desastre. Y dejando para el porvenir un reconocimiento de gloria que la patria niega en ese entonces, termina sus versos escritos sin respiro.

¿Después? Después siquiera salvó su gran espíritu. ¿Para qué, de todos modos, es el canto sino para esa hora de zozobra? Frente a un cruce de muertes, al veneno de bajezas, a la noche que sorprende ciego. Reserva de pensamiento que, por gracia mental, crea en el instante de hacerse la nada en uno un nuevo mundo. Roca de subir en la quebrada abrupta de caídas.

El doctor Alejandro Heredia —el indio Heredia en los corrillos unitarios donde le sacaban el cuero— brigadier de los ejércitos de la república, héroe del Chiflón, protector de Salta, Catamarca y Jujuy, era Gobernador y capitán general de Tucumán, desde el año 32. En su Arcadia, armoniosa villa en las más altas sierras tucumanas, este hombre que había sido en las guerras de la independencia oficial de Belgrano, congresal en el gobierno de Rivadavia, profesor latino de Alberdi, amigo de Facundo Quiroga que lo llevó a este cargo, federal a su modo, este hombre en su Arcadia descansaba del gobierno, entregado a la lectura de Tácito, un poco solo entre la compañía de comisarios de campaña, edecanes, adulones sin oficio.

Solá, *La liga del Norte contra Rosas*. Salta, 1898.

Finca llena de árboles añosos, con sus vertientes y sus arroyitos de sierra, *descampados abiertos sobre el valle: fértil y abundante tierra.* Las casas de piedra, limpias a fuerza de cholas sirvientas, amplias, con paz de grandes montañas. Se prestan para que Heredia pueda sentirse aliviado de sus ajetreos de gobierno y dispuesto a soñar en altos planes.

Nadie le trae noticias de Javier López para inquietarlo —después de derrotado en Ciudadela tanto anduvo su amenaza desde Bolivia...— ya ha hecho confiscar sus bienes y a uno de ellos, que él llama Campo de los Romanos, piensa trasladar la villa de Monteros, Villa Alejandría en el bautizo nuevo. Mantiene federal amistad con Facundo escribiéndole frecuentemente, su influencia en Catamarca, Salta y Jujuy, su preocupación por la paz de las

provincia que poco a poco se tranquiliza en bienestar. Aquellas conspiraciones, aquellos líos con Salta y Catamarca, aquellos miedos de invasiones unitarias en masa, se habían resuelto con sus facultades extraordinarias —recurso igual al estado de sitio de nuestros tiranitos tragaldabas de hoy— concedidas *por la Sala y una punta de espías desparramados por las sierras hasta Bolivia.* Y en su tercer gobierno la malhadada guerra emprendida de nuevo, terminada sin pena ni gloria, con presentimiento de cosa funesta.

Ahora, en la tranquila Arcadia de las sierras, prepara su mensaje a la Sala.

Es el año 38. Despaciosa, levemente, la vida de Tucumán es abandonada a su natural dulzura. La sociedad de salones, fiestas en casa del obispo Molina, de los Silvas..., tiene esplendor de aldea, bailes y conciertos. El pobrerío suburbano se inquieta y se aquieta en fandangos con profusión de chinitas, cañas y guitarreo; esos pastizales de las costas tienen frecuente blandura de cama para los amoríos sensuales como el tibio aire y la lujuria de las tantas plantas y flores. Prestigio de los bailongos donde el doctor Heredia se regocija eligiendo músicas y cholas... El gobierno, por otro lado, hace invernar a los señores comerciantes, planea caminos, funda escuelas —una de música con el sueldo del gobernador— y libra de impuestos a la importación de pianos, guitarras y violines. En terreno político su tolerancia llega al extremo *de admitir en el manejo de las cosas públicas a unitarios.* Y, *aunque irritado* y con copas de más, el doctor brigadier es muy capaz de ordenar una ejecución o una azoteada, llega en este año con su dominación sin mayor desmedro.

Reflejos Autobiográficos, 100.

Ya no hay divisiones, ni odios de partidos, ni anarquía. Dice ahora ante la Sala reunida. El presidente Marco Avellaneda de pie desde su sitial le responde con arenga ciceroniana, acordada al mensaje del gobernador, pomposo y retorcido como una columna barroca. Inciensos, grandes humaredas de incienso.

A menos de un mes de ellos, Heredia, en camino a su Arcadia, es asesinado. Ybarra, desde su descansada silla santiagueña, apunta con el dedo señalando a los unitarios que toleró a su lado. *¿Me llama el asesino de Here-*

dia? Le agradezco esta calumnia. Soy bastante republicano para desdeñar la gloria de Bruto...; contesta Avellaneda. El mismo palabreo retorcido como columna de humo vano. Todavía no era por desgracia puro fuego: ardiente llama.

Reflejos Autobiográficos, 114.

A Heredia sucedido —en el año 39, después de cuatro gobernadores por semana— Piedrabuena, la liga de las provincias norteñas contra Rosas fué inmediata. La palabra de Echeverría cuando dogmatizaba en la Asociación se volvió a leer sin recato en tertulias tucumanas por tanto muchacho resuelto a la cruzada de la libertad. La palabra que antes no oyeron nunca y que jamás oirían de nuevo, se les presentaba hecha acción. Se sentían esos cuerpos juveniles inflexibles arma y providencial contra la tiranía.

La mano con que el poeta daba forma visible y sensual a su idealismo, *mitad en palabras de canto, mitad en palabras de arenga, era* evocada en su ademán de guía y ninguno de esos muchachos dejaba de verla como en sus reuniones de Buenos Aires o como otros decían haberla visto. Así, amplio el gesto romántico de la mano en el despliegue de su capa. No en vano a los cuatro rumbos de la patria se habían dispersado los hombres de Mayo.

Asesinado Heredia, durante el gobierno de Piedrabuena —mejor: de sus ministros— Avellaneda se dió a limpiar su acción política de contradicciones e indecisiones. Por entero devoto a su organización contra Rosas. Alentó, construyó, insinuó en las cuatro provincias comprometidas: Salta, Catamarca, La Rioja y Jujuy. Ya no debería descansar más. Todo el lirismo de su más íntimo espíritu, todo el sentido romanamente trágico de la vocación a que se sentía designado, pasa a ser carne inadvertida bajo esa armadura de combatir. Sólo en respiro de carta fraternal, durante alguna amargura, un presentimiento de muerte cercana, cierto como revelación de Dios. Y debió dolerle a ese muchacho impresionable esa sensación fija como el punto de una idea que sigue y persigue a ciertos enfermos en todas sus horas hasta poseerlos totalmente en locura. Pero siempre, invariablemente, su afán de acción aplaca toda otra inquietud. Su familia misma, no sólo la familia paterna sino su nueva familia, la del hogar nuevo, es aliciente para su labor heroica. En las tar-

des tucumanas, amor fragante de las flores y de los árboles, sabía visitar la casa de Silva. Era amigo de Brígido y compañero. Conoció allí a Dolores, hermana suya. Noviaron. Después se casaron, ya con la tormenta de su destino encima. Breve hogar interrumpido por la febril acción política. La febril acción contra el desánimo de muchos, la indiferencia popular, el egoísmo de caudillos. Toda la Liga del Norte fué sueño de dos o tres cabezas.

Al fin, Avellaneda tenía en sus manos la coaligada adhesión de las provincias juntas: Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja. Don Manuel Soler, don Roque Alvarado gobernaban las primeras. En Catamarca, Cubas —Nos, don José Cubas, gobernador y capitán general, como se escribía habitualmente— y *en La Rioja don Tomás Brizuela. A éste*, el zarco Brizuela le decían, costó plegarlo a la acción unitaria. Benjamín Villafañe, secretario de Avellaneda, tuvo que ir a convencer en su provincia este caudillejo obeso y soberbio. Rubio, ojos azules, panzón; sin corbata ni chaleco, pero emponchado en un poncho de bayeta celeste; pantalón sin color, zapatos blancos y sombrero de paja. Su cuarto: un catre de tientos en un lado, una perra parida en el otro, una mesita sucia, cuatro sillas y una tinaja arrinconada. ¡Y a éste, por con*graciarlo, tuvieron que designar Director de la coalición del Norte!*

Pero al fin se había logrado una unidad en las cinco provincias. Y en eso puso su novedad la llegada de Lamadrid, enviado de Rosas, a Tucumán. A Lamadrid, pensionado a su solicitud por don Juan Manuel, visitante casi cotidiano de Manuela y de su tía, concurrente asiduo a fiestas donde brindaba al Restaurador de las Leyes su ostentación federal, Rosas envió para rescatar el parque y tratar de apoderarse del gobierno: dos misiones de habilidad y confianza. Lamadrid, tucumano y con popularidad, podía cumplirlas. Pero no fué así; la deslealtad y la vanidad pudieron en semejante hombre sobre su gratitud y su honor. Negoció con Avellaneda y con Piedrabuena, concertó la farsa de una oposición armada, de un arresto, de un discurso y de un abrazo. Después sería unitario y jefe de la coalición militar contra Rosas. Y lo fué. Y pidiendo, en su primer acto público, un género celeste, se colocó un retazo en el ojal y tiró el cintillo rojo. Limpio de federalismo de la tarde a la mañana.

Asumida su función militar, púsose a congregar en la villa al paisanaje: rejunta de soldados hecha más a la fuerza que a las buenas. A lado suyo la

desconfianza de tantos no lo inmutaba, pedía dinero que no le daban, discurseaba. La fanfarronería de su charla, con vano truco unitario de fantoche, engañaba a medias. Que era en realidad lo único sincero de su propósito el sitial de la gobernación tucumana.

Encerrado el campo en la armada de su silencio —redondel de horizonte sólo comparable al del mar— la vida de Los Talas refugiábase dentro de un hombre persignado por la grandeza.

Cuajado silencio en el frío. Antes de oscurecer Esteban Echeverría le mezquinaba al invierno, sentado en su pieza frente a un brasero cobrizo. Solo, en su cuarto a oscuras, con una alacena de libros, sillas fraileras, mesa revuelta de papeles. Por la curva ventana rejada un recorte pampeano tras el monte desnudo, todavía coloreando el cielo. Un cencerro en la tensa helada limpieza de la oración.

En la distinta oración de siempre, sumaban imágenes sobre imágenes, impresiones sobre impresiones, hasta rebalsar del hombre silencioso, traducidas en deseo de acción en pasión de canto. Versos de antes y de ahora, reyertas civiles, la patria federalmente ultrajada, según su imagen de poeta, todo eso arreciaba en esa hora que él decía *de los corazones tristes*, y triste era el suyo. Obras, V, XLI.

No podía faltar la ubícua presencia del Restaurador. ¡Con qué relieve en esa pieza desnuda, todas blancas las paredes, todo oscuro el suelo de ladrillos, se aparecía su amenaza! Contra todo el odio unitario esa imagen no perdía su nativa serenidad heroica. Labios apretados en continencia absoluta, escondidos ojos sagaces, fuerte cabeza rizada, signo de dominar en cada ademán descuidado, lo rojo de su divisa patente y eterno. Así su recuerdo en el cuarto cada vez más oscuro, ante la noche por la ventana cada vez más encima, se insinuaba, se formaba, se corporizaba hasta adquirir casi presencia ante este hombre capaz de todas las imaginaciones. ¡Sombra de don Juan Manuel! Purpúrea abundancia de granates en una avalancha de sangre teñida en punzó: nada de rosados dilnídos. Colorados salones, trajes, enseñas a los cuatro rumbos de la patria. ¡Toda rebelión concluída en un ocaso rojo! En la sumisión del hombre con peso de pesares que mantiene en el abrigo las dos

manos juntas, rearde su inclinación a la lucha y al verso. Lo hace enderezar y empuñar los brazos de su sillón. La anulación de la patria en la anulación de su libertad —*la patria no existe*— lo vuelve a su reflexionar.

Su *misma pampa vecina llena de formas nuevas, de expresiones melodiosas* de amable vida, soporta peor que peligros de indios, acechanza de federales. *Lo fraterno de la amistad llevado a una enemistad de hermanos.* Delaciones, persecuciones temidas en la misma sangre. Las dos finas manos blancas del hombre cerradas en puños al apoyo de la frente solivian esa cabeza imaginativa como una fragua en su trabajo de forjar. *La patria no existe.* El tema dominante se encarna en el propio dolor mantenido por un corazón enfermo por la viva memoria de la madre muerta, por sus excesos en el amor y la labor cotidianas. Una amargura que sólo él siente, una lágrima que no sale de sus ojos grandes y que le irisa el braserío mirado al oscuro, una consonancia con quién sabe qué melodía exterior le deletrean el canto que nadie oye:

Obras, III, 407. *¡Lloremos hermanos: la patria no existe!...*

Sin llamar, un muchachón acostumbrado a esas horas de soledad, entra a prender con un yesquero el velón de la mesa. Lo enciende sin palabra y vuelve con un mate de plata en las manos oscuras y agua. De cuclillas ante el fuego acomoda la pava en las brasas. Sale, entra, sin ruido sus patas desnudas, pero Echeverría se distrae. La luz que alumbra siempre de un lado los pliegues del chiripá, acentúa esa alta flacura de paisano. Ofreciendo el segundo mate, lo aguarda de pie, apoyada la mano al respaldo. *¿Está lindo, patrón?* Su cabeza asiente y vuelta al muchacho mira esa expresiva cara familiar sensual y viva. Le señala: *Dame la guitarra.*

De su caja oscura saca el instrumento, blancura naranjada de ciprés. Apoyada en el suelo, Echeverría comienza a templarla al aire. Con chirriar de clavijas se tienden, se encogen las cuerdas hallándose su nota, espaciado el temple con el alternar de los mates. *Tomá vos también...* Puesta ahora sobre una pierna, sueltos acordes, temas truncos, llevan las cuerdas a dar su

exacta propia voz. Preludiar que ya en el silencio oprimido da pausa de cantadas palabras nuevas.

Sus dedos entre sus dedos, juntas las manos abrazando la guitarra, se hace ahora en el hombre ese silencio que encuesta de lo más íntimo algún otro mundo. El ronquido del mate que se concluye o el estallido de una brasa que se abre puntúan la pieza tan callada que parece invadida por la noche inmensa afuera y como desierto muda. Fijada la memoria en un improviso recuerdo del barrio del Alto en Buenos Aires —serenata en la noche de luna— echada atrás la cabeza en el sillón, sigue torcerse y desvanecerse el humo de su pucho. Sin mirar la guitarra, toca el preludio y el acompañamiento y el canto de un cielito. Nostalgia de horas antiguas que duelen al revivirse en horas amargas con deseo de que no hubieran existido.

Sobre las cuerdas dóciles en dar su canto la mano se crispa en un acorde que las silencia de un golpe. El muchacho suspenso en cuclillas ante el fuego, perdido en el encanto de quién sabe qué sueño, se estremece simulando agacharse para atizar las brasas. Inclinado sobre el instrumento, dominada su mano como su impulso, Echeverría inicia una página de Sor. La maravilla de esa música capaz de contraer a su belleza domina a su gran alma. Ya no hay más recuerdos carnales: en pie la sola armonía de un canto que nacido de tristeza o de contento ya vive transmutado en fuerza de espíritu en quietud de arte.

¿Qué puede nuestro pequeño mundo frente a esta expresión durable, tan durable como lo es esa palabra que a veces de siglo en siglo conmueve en un oculto tono que muchos hombres buscaron mucho y que al fin se encuentra?

Los dos movimientos del Andantino. Su verdadera melodía es esa con que las manos del poeta torturado, poseído de calma por virtud de cantar, expresan en su chiquito rincón de mundo un secreto sueño. Después de esas páginas, otras: distinta y misma música.

Un silencio. En esa soledad la guitarra le recuerda muchachos de Buenos Aires que ante sus versos sintieron despertárseles, y las escribieron, melodías nuevas: Esnaola, Esteban Massini, Fernández... Velada tristeza de costumbre enturbia su recuerdo. El muchachón desaparece fijo ante las brasas. Las dos manos de Echeverría juntas sobre la guitarra abrazan su ensueño distante.

Publicó en *El Cancionero Argentino*, Nos. 1 a 4, Buenos Aires, 1837-38: *El desamor, La Diamela, El Desconsuelo, La Aroma, La Simpatia, El deseo, Mi Destino, A una lágrima.* A algunas de esas poesías le escribieron música para piano Esnaola y José Arizaga, para guitarra Esteban Massini y Manuel Fernández.

Unos perros torean afuera. *Andá a ver,* rompe su voz resquebrada casi en sollozo, *andá a ver.* El torear de los perros se calla ante las pisadas desnudas del moreno. Ahora es distante rodar de ruedas y trotar de caballos. Al ratito encaran otra vez los perros. Otro silencio. Deja en una silla su guitarra, cruza su cuarto, pasa al otro y limpiando así nomás con la mano el vidrio de la ventana, ve en la noche ya clareando de luna al otro lado del espinillo —gris árbol invernal: limpia trama de ramas— el bulto de una sopanda oscura y los caballos agachados en el resuello y al muchacho dando su mano para que alguien baje. *Será Gutiérrez,* piensa en él mismo, *pero le desconozco el coche... Si fuera Fonseca...* Vuelve a entrar en su cuarto en el momento en que la puerta se abre: ¡Avellaneda!

En el invierno de Los Talas, el amigo sol mañanero entibia y alegra cordial. Afuera de los limpios ranchos blancos, al reparo, los dos charlan mano a mano en la gran paz. La tonada tucumana de Avellaneda alegra la máscara
Obras, V, LXVIII. rugosa de la vieja santiagueña que no muy lejos teje en su telar una matra. Los ojos brujiles saltan de lo que oye a sus hilos, mientras sus manos de parca, de parca paisana, dirigen la trama enrojecida con la cochinilla que saca de los nopales del monte. Unos amargos van y vienen cebados por el muchacho —jeta bocona y aindiada, un pañuelo atado a la cabeza, chiripá de bayeta ceñido a la cintura con un cuero crudo, en mangas de camisa, descalzo— que los trae sin mirar encerrado en su pícara reserva de zorro.

Avellaneda, en comienzo ya de sentir sobre sus veintisiete años la prematura carga de tanto ajetreo político. Sobre la absorta juventud el placer o la necesidad del mando fijan ya en sus labios sensuales en sus ojos de ensueño, áspero dejo de dureza. Saliendo, casi apenas llegado a Buenos Aires con pasaportes falsos, ¿cómo volverse al norte sin ver al maestro de la Aso-
Obras. V. XXXVII. ciación? Tiene treinticinco Echeverría. No parecen pasarle los años: alto y delgado, pálido como siempre, más pálido que en realidad por contraste con su negro pelo ensortijado, amplia la frente en anuncio de calva. Su sincero amor por la vida, su incesante actividad creadora, su inclinación activa al canto, sostienen firmemente el romanticismo de su escuela. Su breve palabra maestra y el hábito de imponer pensamientos graves no incomoda al discípu-

lo combativo que lo conoce y sabe de cuánta bondad de corazón y de cuánta sinceridad de idealismo.

En las horas de conversar, interrumpidas por breve almuerzo de locro y empanadas, una ojeada al país del momento, todo encogido en la espera de un salto sobre Rosas. Año 40: el más sangriento de todos desde la independencia de Mayo. El perjurio de Paz, emigrado de Buenos Aires a Montevideo faltando a su palabra para empeñarse contra Rosas, y la traición de Lamadrid, enviado por Rosas a Tucumán y complicado en revueltas unitarias, ponen en camino de violencias desconocidas a don Juan Manuel. Dos hombres que vivieron de su favor. El encono de federales y unitarios, igual al de hoy entre reaccionarios e izquierdistas, recrudece hasta el punto de no controlar ya el Restaurador la saña de mazorqueros.

La frente limpia de Avellaneda se arruga preocupada al oír a Echeverría. El maestro, ensombrecido, le recuerda el comienzo de la nueva vida unitaria de Lamadrid: la bajeza de aceptar una embajada de Rosas para traicionarlo, la indecisión de su obra militar en el norte. No ve más allá Echeverría. Ante el origen de sus actos en Tucumán él ya no puede ir más allá. Sin reproche, sin molestar al amigo presente, él se descorazona por la calidad del hombre, por el quebranto de una empresa que, para mal de la patria, presiente muerta. Esa y otras cosas en horas de caminar por el monte invernal sin hojas, un poco adusto de madera desnuda en troncos en ramas; toda la blanda vida de las hojas seca.

Temprano el coche está listo. Van los dos hasta Luján para alcanzar en su posta la galera tucumana. El largo cansancio de las horas que entre campos abiertos llevan a la villa es rato amable y corto. Bamboleados en pozos, entran por la calle real, ranchos y cercos con pitas y tunales, hasta la plaza.

Apartados de un grupo de gentes que charlan esperando junto al carromato, cerca de los arcos del Cabildo cambian los dos sus palabras últimas. En el pasto seco y comido de la plaza retozos y gritos de chicos. El familión de los Aguirre husmeando a la pesca de un chisme por puertas y ventanas de su casa. Y no más movimiento. Estirados los ranchos bajos por un lado de la cuadra, sinasinas y tunas por el otro, en el de enfrente la iglesia empinada con su torre y unos baldíos para el lado de la posta, en la otra sera, de espaldas al río saltarín y torcido, el Cabildo con los arcos pomposos de

sus altos y sus bajos, quintas y la casa esquinera. Así la plaza de Luján con su cabildo, depósito de presos engrillados, y su Virgen milagrosa.

Al poco rato sale la galera. Sacando después de despedirse una mano de entre la capa terciada, Echeverría dá su último adiós al forastero: *¡Salud al gobernador!* Toda la picardía inquieta del tucumano le ríe tras un vidrio del carricoche que se va entre guasada de chicos y estallido de látigos.

En la oración dividida —cielo y pampa— en rojos y sombras se recogen en magnífica abreviatura Los Talas. Ni más ni menos que siempre en esa hora se amortajan con la noche encima los árboles y las casas: transparencia de rejados caprichosos finos y agobiadas paredes de tierra. Para el hombre lleno de grandeza y de congoja, que llega de despedir al muchacho de la gloria, otra expresión más: un presagio, breve y cierto como un refusilo, de hora pronta a perderse para siempre.

A sus veinticinco años Avellaneda fué ministro. En el 40 en julio. Desesperación le era su abundancia de vida, pero él la prodigaba en acción sin cansancio. Hoy mientras lo voy escribiendo lo imagino durante su último año de vida, vigilante insomne: un año sin reposar. Los labios del muchacho apretados ya para siempre en imperiosa voluntad de hacer. *Avellaneda era impresionable e imperioso,* se acordaba Villafañe. El muchacho impresionable e imperioso congrega milicias por el norte, escribe y anima, mientras Lamadrid en la ciudad prepara su primera campaña. Su primer desastre: en marcha ya hacia Córdoba una deserción de doscientos hombres lo obliga a volverse.

Después otra salida, esta vez a La Rioja, para concertar algo con el zarco Brizuela, amenazado desde Cuyo por Aldao. Más tarde la invasión a Córdoba que debe abandonar frente al avance de Oribe y retroceder sobre Tucumán mientras Lavalle se replegaría a La Rioja y más tarde a Catamarca.

Lavalle caído y abatido ya no perdonaría a Lamadrid su esfuerzo por contenerle la dispersión de su tropa entregada a toda licencia y Lamadrid ya en Tucumán trataría por todos los medios de ser el solo puño militar del

norte. Del plan de Lavalle, Acha, invasor de Santiago, salvó gracias a su parejero; Vilela, invasor de Cuyo, perdió todo en Sancala. Y una última disidencia de Brizuela y Lavalle por líos de faldas al aconsejarle éste al otro refugiarse en Tucumán permite a Aldao aprisionar a Brizuela y matarlo. Esto a Junio del 41. Aldao, Oribe, Maza, Pacheco acosan a la Liga del norte.

Lamadrid en Tucumán. Lo primero es elegirse gobernador y titularse *director delegado de la Coalición. Pero Avellaneda era la cabeza donde* se centraba toda esa desesperada y febril actividad. No sólo el reclutamiento incesante de soldados y la vinculación de las provincias, difícil por los rencores y las vanidades de cada caudillo, sino el bienestar interno: medidas policiales, bandos y resoluciones, creación de un Banco emisor. Y en cada una de sus cosas mil hostilidades combatiendo al muchacho sobrehumanamente en pie.

En el ejército reclutado con empeño heroico la licencia en todas sus formas, imprevista como un flagelo. Esa sangre sensual del paisanaje entregado a las cholas ardientes como el aire de Tucumán como sus flores, acompañantes de los soldados sin cansancio de su cuerpo. Esos vicios del alcohol trastornando toda disciplina y de la ratería que no distinguía amigos ni enemigos en su entrega al saqueo y que llegó una vez hasta crearle violencias con Dionisio *de Puch, gobernador de Salta. En las relaciones con caudillos y jefes* unitarios su choque contra el encono de todos ellos enemistados, actuando por predominio personal. En cuanto al Banco emisor, su idea de más esperanza para salvar la situación interna, tuvo que abolir su dinero a los dos meses de circular...

Entre todo esto la contra revolución de Salta, sofocada, y la partida de Lamadrid para la región andina. Otra vez a Catamarca, donde repone a don José Cubas ante la retirada federal. Lavalle de Tucumán le ordena volverse, pero él sigue su avance hacia Cuyo, Avellaneda va a invadir Santiago para distraer a Oribe. Lavalle le ordena volverse, siempre preocupado por defenderse en Tucumán mismo. A ésto la campaña sobre Cuyo comienza en triunfo: primero fué Catamarca, después La Rioja, después San Juan y la derrota de Aldao. Pero enseguida el desastre de Acha y entonces la vuelta de Lamadrid. Sin embargo, cambia y avanza otra vez a San Juan y de ahí a Mendoza, donde se instala y como es natural se elige gobernador. A todo esto ha caído

en la celada federal. Al final Rodeo del Medio y ahí termina Lamadrid, en Setiembre.

Lavalle, que se había ido hasta Catamarca para hacer volver a Lamadrid al principio, se queda allá dos días por bailar. Después sigue. Ya había preguntado hace tiempo: *¿Qué tales son las muchachas en Tucumán?* Entretanto, Avellaneda, sin saber de descanso, se muerde inquieto por detener la tormenta federal. Lavalle lo desorienta: el hombre caído ya va, es cierto, en su última peregrinación. Muerto, a lomo de mula, haría el tramo hasta la tumba.

Lo consulta en Tucumán. Una noche, cansado, el muchacho se retira a su casa y sólo encuentra distracción en ponerse a traducir a Byron. A la madrugada, un edecán de Lavalle buscándolo para una zoncera lo encuentra en eso: escribiendo versos. Uno que otro libro sostiene al Gobernador en su fiebre de vida. Anda por Santiago jaqueando a Ibarra, de ahí se corre a Salta; allá está cuando el último encontrón con Oribe, ya sobre Tucumán. Baja y proclama su alta palabra del final: *¡Soldados! Estaba en Salta. Escuché allí el clarín con que la heroica Tucumán convocaba a sus guerreros y he corrido para participar de sus peligros, para cumplir mi juramento de perecer combatiendo por la gloria de mi patria y la libertad de la república. Yo cumpliré mi juramento. Los bárbaros no dominarán a Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadáver.*

Reflejos Autobiográficos, 92.

Al llegar Lavalle apura la defensa con un ejército que se le desgrana entre las manos: gentes con la derrota dispuesta antes de combatir. Oribe despacio ve venir su hora y no la apura. Al final Famaillá: ahí termina Lavalle en Setiembre.

Traicionado Avellaneda por su gobernador delegado, destrozada ya toda defensa militar, emprende camino hacia el norte. En el desastre sola de pie todavía en el muchacho su gran idea de libertad. Con cinco compañeros de valle en valle, *anocheciendo en los montes, pidiendo de comer a la pasada* en ranchos, internados en Salta, llevaba fuerte como si la palabra de Echeverría se hubiera escrito en su carne, su gran pensamiento. En el dolor de ver quebrarse aquel sueño por debilidad de hombres reconocía haber guardado intacta su viva fe.

A diez días de Famaillá se interrumpiría el camino doloroso. La última

oportunidad de la traición. En la estancia La Alemania, en Guachipas, es reconocido por un grupo de soldados de la escolta de Lavalle, también ellos huyendo. Dirigidos por un comandante Sandoval, que Lamadrid tuvo que apresar por raterías, planearon en la confianza de Avellaneda su entrega, para congraciarse con Oribe. Y lo hicieron, llevando a los seis compañeros a Metán.

Ejecutados apenas llegaron, Avellaneda quedó solo. Bajo una carreta, extenuado, comió un puño de maíz que le dió un soldado. Rechazó dos o tres veces un mate ofrecido por Maza y sólo siguió toda esa mañana y despierto: de pie todavía su fuerte ánimo. Venció al fin el cuerpo mortificado y tendido en los pastos bajo esa carreta lo volteó el sueño. Sobresalto de tambores lo despertó al rato. Lo hicieron levantar y lo encaminaron a la muerte.

Unos segundos de pensamientos le fueron echando años sobre años encima: de vivir hubiera salido mortalmente viejo de esos minutos. Recuerdos. Echeverría. Su mano fuerte sobre un hombro en la noche de La Cautiva. El credo de libertad. Los hijos chiquitos, abrazados, la última vez de verlos, a su cuello tenazmente como con miedo de perderlo. Su ensueño heroico destruído en tantos pedazos...

Unos minutos. Ya otra vez con entereza. Y la hora de degollarlo: un soldado rojo, sin mirarle esos ojos negros del muchacho limpio y bueno un poco turbados de lágrimas, le tantea buscando la coyuntura en la nuca. El cuchillo no corta. *¡No me hagan sufrir así, carajo!*, ya sin poder más castiga su palabra. Al fin, tomada del cabello, separan la cabeza, y el cuerpo se tuerce sobre el suelo hasta estirarse en sangre.

Al pie de dos cebiles descansa al desaparecerle la vida el cuerpo infatigable.

En la plaza de Tucumán su cabeza clavada en una pica — como la de Castelli en Dolores — permaneció expuesta hasta que doña Fortunata García en altas horas de una noche pudo sacarla y envuelta en un pañuelo tenerla escondida y llevarla a sepultura de la tierra maternal.

Así terminó como la insurrección del sur la insurrección del norte.

Echeverría habría de cantarle después la burla de la soldadesca:

¿Cual será el gobernador?
¿El más viejo o más muchacho?
El de la barba sin flor.
Lástima es, parece un guacho
con los aires de un señor...
. . . . . .
Y oye cantar en redor:
¡Salud al gobernador!
(Obras, I, 396.)

Sarmiento, *Ob.*, XLII, 333.

Obras, V, LXXIII.

Mi querido hermano, mi maestro... La carta de Jacinto Rodríguez Peña para Echeverría es el primer abrazo del destierro.

Cortando campo desde Los Talas — ya nunca volvería él y por buen tiempo ni su recuerdo; sólo después de diez años, cuando su muerte, la *frecuencia de su alma inmortal, cortando campo desde Los Talas, escondida su* grandeza en un viajero cualquiera y dejando sus libros y sus manuscritos, oculto en su pecho una mujer consiguió llevarla al poeta su canto a la Insurrección del sur. Así pudo llegar por tierras y aguas hasta la Colonia.

Estuvo en Colonia desde Setiembre del 40 (Ob., I, 229) hasta Junio del 41 (Obras, V, LXXVI).

Allí, despreocupado ya de donde está y de cómo está, recibe el anuncio del sacrificio de Avellaneda. Como siempre ante un dolor muy grande, después de haberse replegado en sí mismo, a Echeverría le es remedio y calma su don de cantar. Y comienza a componer mentalmente, como de costumbre sin escribirlos, versos y versos sobre el primogénito de la gloria.

En su vida del destierro triste nada más que el arte le ayuda a llevarla. Imaginación enorme, sensibilidad afinada y agudizada por el constante contemplar cosas bellas, facilidad para expresar emoción, capaz de llegar hasta las lágrimas al mirar algún atardecer muy triste, todo eso le mantiene la vida en el pobre destierro a su espíritu alto. Sarmiento, atado siempre a pasiones y a su mal gusto, lo ve libre de lazos pequeños con las cosas que pasan en la patria y ve refractar de la belleza su alma. En realidad así, si así lo ve Sarmiento.

Alberdi, *Obras*, XV. Raúl Orgaz, *Páginas de crítica y de historia*, Buenos Aires, 1927, cap. IV.

En Montevideo concibe el poema. Las cartas de Alberdi, el hombre de las amarguras, le son aliciente en la tarea grande. En su cuarto desnudo del destierro rehace los pasajes nacidos en los paseos de cada tarde.

Avellaneda, Canto I.

Todas las imaginaciones. La ilusión primaveral de la mujer dormida en apariencia de muerte con todo lo suyo marchito pero fragante y blando en espera de resurrección: Tucumán de invierno tibio donde se presiente el verano *lleno de flores, luciente de sol. En la noche lunada el joven que busca* entre los escombros de la casa de Belgrano una voz guiadora oye el eco de esas ruinas. Los dos enigmas: el de la mente del hombre, trabados en lucha, el del corazón del hombre voluble y sediento de lo que no posee enfrentados ante la vida desorientadora con su heroísmo, su egoísmo, sus placeres de leve gloria.

Canto I, 4.

Canto I, 3.

En la noche lunada el joven que recuerda su vigilia en el suelo verde y escucha al fin la voz de esas ruinas y esos claros varones muertos, señalán-

dole su camino de gloria. Y el muchacho despierto ya y de pie, encabezando toda la rebelión del norte, animado y elocuente, soldado y tribuno.

Canto I, 5.

En el alba del Aconquija la noche se desgarra sobre los valles pampeanos, mientras el héroe corta uno por uno sus tres lazos de afecto, el del padre, el de la mujer, el de los hijos, para merecer la libertad del gobierno de hombres. Desde su casa familiar en la cuesta de Tafí, la despedida ante la llegada del día nuevo, la despedida que dolorosa y todo no sabe felizmente que será la última. El alto diálogo de Avellaneda fortalece la desengañada experiencia del viejo y el egoísmo de amor en la mujer y la bulliciosa inconsciencia de los chicos. Los besos fijan su cariño en dos frentes y en otras dos su gloria. Y el sol alto del Aconquija ve separarse la familia, camino a Bolivia, de Avellaneda que se queda solo con su destino.

Canto II, 2.

En la tarde de Metán el prisionero se duerme en el pasto al pie de la carreta. Cuerpo quebrado, espíritu quebrado, el hombre se repliega antes de la muerte en el sueño, lo más cercano que existe de la muerte.

Canto III, 5.

La visión del prisionero: campos, valles, montes, ciudades, ríos todos rojos de sangre. En su cielo un sol de atardecer en verano, roja bola deslucida y en brasas. Allí hombres serviles, feo barro hecho no a semejanza de belleza divina sino de infernal fealdad, puestos en la tarea de exterminarse. Después otra alucinación más clara: seres caros aparecidos entre ese horror, anunciando al héroe el fin de sus días en la tierra. Abalanzado de pie al recibir el anuncio, un redoble de tambores lo despierta.

Ya atardece. Y el crepúsculo suave es cantado por los pájaros y por el viento en las copas de los cedros, lapachos, naranjos, hasta que un grito los enmudece.

Y la noche sorda y hostil confunde a esos hombres sin espíritu en igual recua de bestias.

Todas las imaginaciones. Echeverría las fué creando y después, pasando años, las dicta al amigo que quiere fijarlas en su papel pobre y feo de pulpería, tan malo que a veces no se podía escribir en él.

En la primavera del 49 termina su canto al *primogénito de la gloria.* Durante todo el invierno, envuelto en su capa, calado su gorro hasta las cejas, había dictado caminando él en su estrecho cuarto la vida de Avellaneda. Y la había vivido él mismo. Recién entonces, ante la muerte y habiendo cumplido con su amistad, le retiraría de su hombro esa mano que le duró al muchacho toda la vida desde aquella lejana noche de versos.

Obras, V, XLI.

Se imprimió el canto I de *Avellaneda*, en *El Sud América* de Santiago de Chile.

III

L A M U E R T E

EN su destierro, que ya iba largo, Echeverría concretó —¿presentiría no poder dejar para la vejez, como otros, la organización de su pasado?— cuanta expresión dispersa había ido escribiendo.

Lo primero, su prosa ideológica. En el 46 reimprimió el Dogma Socialista. Su obra de más contenido social y de más trascendencia. La suma de lo que él había aprendido en Francia, donde, sobre cimiento de nación hecha y derecha, se experimentaba hasta formar la república. Sin la amargura de su irrealización cuando llegó a su patria, redactó serenamente en teoría política para cuando hubiera terminado la tiranía.

Por la imprenta del Nacional.

Ante todo había que volver a Mayo. Levantar una democracia verdadera *para que la revolución no se convierta en mero cambio de tiranos;* y generalmente las revoluciones engendran eso: tiranos, a quienes se les hace fácil empuñar el gobierno desorientado para satisfacerse en lucro y en bambolla.

Obras, I, 434.

En cambio, la revolución con su base doctrinaria es organismo de pueblo que no se desnaturaliza fácilmente o se paga caro el intentarlo. Señala el error de dirección desde la independencia. El aferrarse a doctrinas extranjeras sin pensar en su adecuación. *Representantes ministros cuidaban más de hacer alarde de una instrucción fácil de adquirir, de profesar opiniones ajenas y citar autores, que de aplicar al discernimiento de nuestras necesidades poli-*

Obras, V, 325.

ticas la luz de su propia reflexión. Ante un problema vital se iban a hojear libros ajenos. Eso señala y otra cosa de gravedad suma: la falta de autoridad popular, de arraigo popular en los gobernantes. El país no es el grupo de quienes ejercitan inclinaciones frente a un gobernante, el país es el pueblo: mil corazones que sienten, mil cabezas que piensan, mil instintos que desean.

Representación popular. Orgánica ideación sistemada ideación del gobierno. Tales las bases de su doctrina social. En dos solas palabras: ordenada libertad. La vitalidad de estas ideas de Echeverría les dió la proyección que él soñó para nuestra patria. La tiranía de Rosas fué una pausa para ellas; tenía que serlo por el tipo exacerbadamente personal de un gobierno que era la voluntad de un hombre adueñado con perfecta habilidad de la nación. Pero la necesidad de extremar violencias para el mantenimiento del poder apura con más vehemencia a reaccionar contra él. Habría de pasar el rosismo y su Dogma señalaría el camino a gobernantes de mañana.

Desde su divulgación en las primeras lecturas de la Asociación de Mayo y en un diario de Montevideo el Dogma sólo le trajo prevenciones, fuera de ese grupo adicto que actuó en las dos insurrecciones y que, raleándosele todavía, estuvo a su lado en todas las horas. Los federales que no lo insultaron le dijeron visionario y *poeta romántico.* Los unitarios *envidiosos o pandilleros* callaban en público, pero en voz baja soltaban su despecho en chismes y corrillos. Al publicar otra vez el Dogma, estas dos actitudes se acentuaron. Echeverría, aludiendo a los unitarios, la explicaba: *ellos no han pensado nunca sino en una restauración, nosotros queremos una regeneración. Ellos no tienen doctrina alguna, nosotros pretendemos tener una. Un abismo nos separa.*

Obras, V, 456.

Menos mal que entre tantas cosas que lo hicieron sufrir, esta no. Tanta fe tenía en el mañana argentino que entre todos los federales o unitarios presentía la victoria de sus ideas. Artículos extranjeros sobre él, no eran reproducidos por Indarte; Florencio Varela, como recuerdo fúnebre, se agazapó a espulgarle versos malos, uno por uno, y puntos y comas torcidas. Pero en vida suya, nada felizmente de todo eso lo amargó. Tenía la resignación de la caída en él, con su miseria, con su nostalgia, porque estaba lleno de esperanza.

Trabajó con actividad, todo lo que le permitía su siempre despareja

manera —ganas y desganas— de trabajar. Más en su soledad que de costumbre. Escribía prosas y versos. No dejó de dar mientras tanto, en planes de instrucción pública, por ejemplo, lo que pudo al gobierno oriental que amparaba su expatriación. Pero sin pedir nada. Su pobreza, por el contrario, le alcanza una vez para dar unos pesos, monedas de vender sus libros. ¿Qué necesitaba riquezas? Tenía el don para crearlo todo. Y nadie le hubiera podido dar lo que le hacía falta: paz de patria.

Su vida fué realmente desvinculada siempre de su sociedad. Fué enemigo de federales y de unitarios. El *Dogma* fué inaplicado e inaplicable quizás en esos años. Sus teorías sociales apegadas y despegadas de él, a su turno. Inquieto y sedentario, abúlico y animoso, lírico y práctico. Contradictorio. Sin el sentido político que necesita un conductor de pueblo, sin la claridad concreta de quien tiene su teoría de acción bien establecida. Fluctuante e indefinido en ocasiones, a veces enérgico hasta la crueldad. Misterio de poeta que tiene la gracia espiritual de crear de la nada, en escritos de la vida, donde es necesario aferrarse a una absoluta realidad. Trasunto de hechos y cosas en cantos imposibles. Contradicción incesante de Esteban Echeverría.

Pero por sobre todas estas fluctuaciones de su pensamiento, que permitieron que se le discuta y se le discuta, una real grandeza de ideal que turba y anima y a veces sobrecoje al pensar uno cómo y cuándo se manifestaba. Lo cierto es que su palabra despertó para la acción a seis hombres: Alberdi, Gutiérrez, Mitre, Avellaneda, López, Sarmiento. Dos de ellos presidieron la nación, uno codificó su vida legal, dos hicieron su historia, otro tuvo un hijo que al frente de la república gobernó inmortalmente.

Tal es la verdad. Las lecturas en la Asociación de Mayo y el Dogma Socialista, pudieron ser la devaneada ilusión de esos muchachos, pero después de la tiranía rosista ellos dieron a esas palabras categoría de hechos grandes para la patria: construyeron con madura conciencia. Alrededor de Echeverría se hizo una unidad de ideas que iba a enderezar el país por su destino libre. Y esa unidad ya no sería jamás quebrada. Hoy mismo que nuestra libertad tiene su más dura prueba desde entonces, aquél espíritu de la Asociación y del Dogma está vivo bajo otras formas y con otros nombres en el pueblo. Esta es la inmortalidad de Echeverría. Saliendo de lo político, al final del siglo pasado su nombre literario sirvió para bandera de polemizar entre dos

Nota de gracias..., Montevideo, 1844. *Un cura correntino a sus feligreses. Carta a Don Pedro de Angelis*, 1847. *La guitarra* en *El Correo de Ultramar*, Diciembre 15 de 1849. Para este poema Juan Mauricio Rugendas, su amigo, le dibujó ilustraciones. (Carlos M. Urien, *Esteban Echeverría*, Buenos Aires, 1905, 120). *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, 1845 y en *El Progreso*, de Santiago de Chile. *Manual de Enseñanza moral para las escuelas primarias del Estado Oriental*, 1846. (Véase: Zinny, *Historia de la prensa periódica en el Uruguay*, sub voce Echeverría.)

José Ingenieros. *La evolución de las Ideas argentinas*, II, cap. VII, Buenos Aires, 1920. Paul Groussac, *Esteban Echeverría* en *La Biblioteca*, año IV, Buenos Aires, 1897. José Ingenieros, Los iniciadores de la sociología argentina, Bs. Aires, 1928.

Algunos otros ensayos sobre Echeverría: Héctor R. Baudon, *Echeverría, Mármol*, Buenos Aires, 1918. Rómulo Bogliolo, *Las ideas democráticas y socialistas de Esteban Echeverría*, Bs. Aires, 1930. Gontrán E. Obligado. *Episodio de la vida romántica de Esteban Echeverría* en *La Palabra*, Córdoba, Oct. 20 de 1928. Antonio Galante. *La personalidad y el sentimiento nacional de Echeverría*, Bs. Aires, 1935. Nydia La-

marque. *Meditación sobre Esteban Echeverría* en *La Prensa*, Enero 1 de 1931. Gastón Lestard, *El pensamiento económico de Echeverría* en *La Nación*, Buenos Aires, Agosto 7 de 1927. Ricardo Levene, *La interpretación económica de nuestra historia* en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2ª serie, t. I. Víctor Mercante, *Esteban Echeverría* en *La Prensa*, Bs. As. Enero 1 de 1928. Ernesto Morales, *Echeverría a los cien años* y *Evocaciones de Echeverría*. La Prensa, Abril 25 y Mayo 25 de 1937. Raúl A. Orgaz, *Echeverría y el Saint-Simonismo*, Córdoba, 1934. Jorge M. Rhode, *Las ideas estéticas en la Literatura Argentina*, Bs. As., 1926, IV, cap. II. Narciso Binayán, *Rosas a través de Echeverría*, en *La Nación*, Julio 13 de 1924. Raúl D. Taborda, *Esteban Echeverría, precursor de los problemas económicos de la democracia*. En *Crítica*, Junio 23 de 1937. Juan Antonio Solari, *A un siglo del Dogma Socialista*, Bs. Aires, 1937.

nobles espíritus de las letras argentinas: Rafael Obligado y Calixto Oyuela. Hoy no se puede hablar de poemas argentinos sin dejar de recordarlo aunque sea envejecida su poesía romántica. Esta es la inmortalidad de Echeverría.

Solísimo su destino. Desde que vió morir a su madre, con angustia que consiguió escribir en cartas a un amigo, su hogar fué siempre parco. Su padre murió siendo chico él. Solo siempre. Las mujeres lo amaron en abundancia: de adolescente, de joven, de hombre. El prestigio de su afortunada vida galante se sumó al prestigio de sus versos románticos. Las atrajo su enfermiza altura, sus manos que tan bien ayudaban en esbozo de caricia a su melodiosa palabra varonil y a su música de gran guitarra. Lo buscaron, como él confesó por ahí, hasta empalagarle. Pero, qué solo... *Todo cuanto pienso, siento y sufro, nace y muere en mi corazón*

Y de breve amistad. Fonseca... Pocos amigos, estrechez de confianza imposible con alguien más joven o más viejo. Igualdad de edades necesaria. Los que más lo amaron fueron muchachos que lo sentían con talla superior, distanciados en respeto. Seguro, sin embargo, que solamente éstos pudieron hacerlo feliz. Cuánto él veía de porvenir en cada uno de ellos, ni ellos lo sabían. ¿Pero él no adivinaría su destino? Esa cara de animada diablura de Juan María y esa de Alberdi, ojos con fuego de lucha y de encono, y el perfil de aguilucho de Mitre... Nada del pobre Marquito: ya esos salvajes de Oribe habían destrozado su raro juego de mirada en llamas con la cara de chico sereno. Por cariño a esta juventud llegó hasta a interrumpir un verso. *Estoy ocupadísimo*, pone en una carta, *redacto la obra de Enseñanza. Siento suspender el Angel Caído porque estaba en vena y sabe Dios si lo podré continuar*... Sólo quien conoce lo que es estar en estado de gracia escribiendo un canto que se ignora como sale del espíritu, imagina el dolor y el esfuerzo de detenerse para quizás no poder ya seguirlo nunca. Pero la juventud era para Echeverría la patria que se viene arriba. Y esto siempre antes que lo suyo.

Obras, V, 452.

Estoy enfermo. Me parece que haré un viaje largo, larguísimo... Sabe Dios si nos volveremos a ver. No se olvide de su antiguo amigo. ¡Adiós! A últimos del 45 se despedía así en una carta para Chile.

Esta maldita cabeza anda maleando hace año y medio y ahora me hace más falta que nunca, porque como creo que me voy a despedir del mundo me ha dado la manía de dejarle recuerdos. A últimos del 46 escribía para Alberdi y Gutiérrez. Obras, V, 438.

Ahora me voy para un largo viaje del que no volveré más, posdataba a últimos del 47 otra carta.

Si Dios me da salud y reposo de ánimo, le *decía a Alberdi, en el 50.* Entonces se proponía un gran poema sobre la vida intelectual y social del Plata, pero con la íntima duda de quien ya estaba dado a conversar más de una vez cada día con la muerte. Obras, V, XCV.

Felizmente su serena familiaridad con los tumbos de su cuerpo enfermo le aliviaron como nada el día de terminar con la lucha cotidiana de su gran espíritu por sobreponerse al desfallecer de dolencias y amarguras.

Apenas un año le faltaba para haber podido volver a Buenos Aires —era Enero del 51 y Febrero del 52 fué Caseros— cuando en su pobre cuarto de desterrado, con una afección pulmonar, se sintió de verdad caerse. En vano su fuerte ánimo porfió por erguirse. En vano quiso contraerse al alivio de cantar. Llamó la ayuda de su voluntad en vano. Trató de apartar en vano esa terrible memoria de los moribundos que recuerda todo. Qué olvido ni perdón. Todo es ante la muerte en vano. Obras, V, CI.

Esa mirada final del hombre al irse, esa extrema mirada al derredor suyo buscando en qué todavía sostenerse para la vida, encontró una mañana a las diez en la soledad de unas paredes blancas, la soledad de nada.

Lágrimas grandes, el dolor de tanto día, de tanto mes, de tanto año, de su porfiada vida, le nublaron entonces la última lumbre en sus ojos.

Día largo, al fin noche de tormenta,
el día suyo: qué penando siempre...
En el consuelo de escribir la seña
de haberle valido el espíritu en su

mundo. *¿Para qué* - le dije en la Vida -
sino para esa hora de zozobra el canto?
Frente a un cruce de muerte, a sorprendida
noche ciego... Y el canto fué su calma.

Breve clavel del aire, clavel sobrio.
Mujer. Palabra y cuerpo la guitarra.
¡Pobre Esteban Echeverría! dentro

de sus perdidas manos muertas pongo,
triste a su semejanza, mi recuerdo.
Libertad. Triste toda flor cortada.

Esta Vida de Esteban Echeverría, reducida a su prosa sola, se publicó en el Boletín 16 de la Asociación Cultural Ameghino de Luján. El actual tiraje aparte incluye una imagen del poeta dibujada por Constante Orlando Paladino. Terminó de imprimirse en la casa de don Francisco A. Colombo, en Buenos Aires, el 25 de Abril de 1938. La edición: cuatrocientos ochenta ejemplares en papel Pergament; diez en Fabriano y diez en Hammermill.